

# La Obra de la Propagación de la Fe

## Contribución literaria y pecuniaria



ENTRE los argumentos que prueban la divina misión de la Iglesia, ocupa un lugar muy preferente la vitalidad in-exhausta que la misma despliega en la obra de conversión y proselitismo. No hay organismo humano que el tiempo no debilite ó corrompa. La sociedad más perfecta pierde vigor y lustre á medida que los años ruedan por encima de ella. Solamente la sociedad fundada por Dios está exenta de esta ley. El elemento divino que la anima está muy elevado para que la corriente de las vicisitudes humanas llegue á desvirtuarle. La Obra de la Propagación de la Fe, considerada en todas sus circunstancias, la falta de medios humanos y la abundancia de resultados, demuestran que esta Sociedad es divina. La Religión no se propaga por medios meramente humanos. Lo confirman con evidencia meridiana las Misiones protestantes. El Protestantismo va á morir, sus verdugos serán los pastores que con los miles de esterlinas que perciben obtendrán instrumentos propios para verter su sangre y darle condigna sepultura. He visto la verdad de lo que acabo de aseverar y lo he oído á personas y misioneros de experiencia y santidad. «El Protestantismo muere, me decía hace muy poco tiempo un protestante con quien por asuntos del ministerio tuve que tratar, nuestros pastores carecen de celo, sólo piensan en acaparar dinero y volverse á Inglaterra á gozar.» No me sorprendían las afirmaciones de mi interlocutor. ¿De quién recibirá el pastor protestante el heroísmo y sacrificio necesarios para llegar á cabo la obra de la evangelización? Los misioneros católicos serían tan fríos é indiferentes como él, y sus empresas resultarían tan infructuosas si no fuese por el elemento divino y sobrenatural que los impulsa y comunica sobrehumana fortaleza. *Deus incrementum dat.*

Mas aunque el resultado final de nuestra obra de conversión dependa del divino trabajador, sin embargo, la cooperación de las causas humanas, el concurso de operarios y colaboradores secundarios entra en el plan de la Providencia. ¡Y qué soberbios deberíamos sentirnos porque nos es permitido acarrear al menos materiales para levantar (1) el gran edificio de la Iglesia! Mas ¿cómo concurrirán los católicos á la realización de los planes de la Providencia? Es indudable que el espíritu misionario va adquiriendo cada día mayor popularidad y desarrollo en las tres grandes naciones Ale-

mania, Inglaterra y los Estados Unidos de América. Las publicaciones, medio poderosísimo para llevar el entusiasmo y aliento á las masas, aumentan ya en número, ya en condiciones materiales. Además de los «Anales de la Propagación de la Fe,» aparecen cada dos meses, en papel satinado y con variedad de grabados y fotografías, entre otras las siguientes revistas: «The Field Afar,» en Boston; «Catholic Missions,» en Nueva York; «The Good Word,» en la misma ciudad; «Holy Childhood,» en Pittsburg; y finalmente, «Extension,» publicación excelente que ve la luz pública todos los meses con numerosas fotografías é interesantes y variados artículos. Si de la contribución literaria pasamos á la pecuniaria, veremos que el episcopado y clero norteamericanos no despliegan menos celo y actividad en recolectar subsidios materiales para la extensión y ayuda de los misioneros.

El P. Dunn, director de la «Propagación de la Fe» en la diócesis de Nueva York, acaba de publicar una relación de sus trabajos y éxitos en la colectación de limosnas para las Misiones, diciendo haber colectado solamente en su diócesis la considerable suma de 100,000 dollars. Refiriéndose á esta suma, el citado Padre escribe: «El actual subsidio de la diócesis á las Misiones podrá parecer una gran cantidad. Comparativamente lo es. Es probable que sea la mayor limosna colectada en cualquier diócesis del mundo católico, pero representa tan solamente *un céntimo anual por católico de Nueva York.* Hase dicho con suficiente fundamento que si cada católico de los Estados Unidos contribuyese con *cinco céntimos* al año, habría suficientes recursos para el sostenimiento de todas las Misiones en nuestra nación ó en el extranjero. ¿Y qué católico sentirá tan pequeña ofrenda, ó qué parroquia sufrirá en sus intereses por tan insignificante cuota?» Hasta aquí el ilustre y celoso sacerdote, cuyas palabras de aliento han sido repetidas por las publicaciones católicas, adhiriéndose á las mismas y prometiendo su cooperación. De modo tan valiente y con impulso tan vigoroso, todos de común acuerdo, obran nuestros hermanos en la fe de los Estados Unidos, dando ejemplo de abnegación y celo á todos los católicos del mundo. Debido á esta energía y actividad del clero norteamericano, los Estados Unidos ocupan el segundo lugar entre las naciones católicas por su generosidad en el sostenimiento de las Misiones. Francia, á pesar de la prolongada persecución que durante los últimos años sostiene, marcha aún al frente y en primera línea. De los ocho millones que en el año pasado colectó la Asociación de la Propagación de la Fe, nuestra vecina república contribuyó muy aproximadamente la mitad.

En Inglaterra se inicia un nuevo movimiento para ayudar á la Propagación. El M. R. P. Francisco Ross

20 de Septiembre de 1911

(1) A pesar de esta afirmación general, no puede dudarse que existen algunos ministros con miras más elevadas y móviles menos egoístas, animados de verdadero celo. Si sus trabajos no tienen éxito, más debe atribuirse á la falsedad de la causa que de fiende que á sus personales defectos.



acaba de dirigir una carta al clero y pueblo de Inglaterra con este objeto (1). Este documento, que más apropiadamente pudiera llamarse memorial, pues contiene diversos documentos oficiales respecto de la actual cooperación de los ingleses á la obra indicada, ha sido motivado por una carta de un señor Obispo de la India inglesa al Arzobispo de Westminster: «¿No le sería posible, escribía el obispo misionero, á Inglaterra hacer algo para cooperar á la obra de la evangelización en la India, ya que ésta es posesión inglesa, y la Inglaterra oficial no ayuda en lo más mínimo al Catolicismo como tal? Conozco perfectamente que los católicos ingleses tienen mucho que trabajar y muchas necesidades á que atender, mas me atrevo á afirmar que un poco de celo por el progreso del Catolicismo en las Misiones beneficiaría grandemente el Catolicismo en nuestra patria.» El Arzobispo se refirió á esta carta en el discurso de apertura en el Congreso católico celebrado en Leeds, y anunció que los Obispos, aunque conocedores de las dificultades financieras en que ellos mismos se encuentran, estaban resueltos á apoyar la Obra con entusiasmo, y que para el efecto se designaría un sacerdote de las Misiones Extranjeras que viajase por toda la nación, interesase al pueblo en beneficio de las Misiones y colectase fondos para las mismas. Según las estadísticas publicadas por el citado Padre, Irlanda contribuyó el pasado año con 3,095 libras esterlinas y 15 shillings; Inglaterra y el principado de Wales, con 1,693 libras y 6 shillings; Escocia, con 257 libras y 10 shillings. «Ciertamente, dice la revista «The Month», que podemos contribuir con cantidad mucho más importante. No podemos, sin sentirnos avergonzados, comparar esta suma con las 1,344 libras colectadas el año 1838. Esta comparación prueba que la causa no es el pequeño número de nuestros católicos, sino el decaimiento del celo en época más remota, ya que sin duda alguna somos más en número y en mejores condiciones que hace setenta años.»

Al mismo tiempo contrasta sobremanera el generoso

subsidio que los protestantes ingleses dan á sus obras. Según el «Yeaz-Book of the Church» de 1908, la limosna total ascendía aproximadamente á 1.872,207 libras esterlinas; de esperar es, pues, que los católicos ingleses, obedeciendo al llamamiento de sus Prelados, se interesen más por la obra de la conversión y contribuyan con mayor celo y desprendimiento á reunir subsidios materiales para la misma.

Que más que la falta de dinero, la falta de fe, de celo por la santa Religión que profesamos, influye en la apatía de muchos católicos para cooperar á la Propagación, lo comprenderá quien conozca el humilde origen de esta gran Obra en Lyon de Francia. El comienzo de la Propagación de la Fe lo refiere su insigne fundadora mademoiselle Pauline Jaricot por las siguientes palabras: «Por este tiempo mi hermano me escribía desde el Seminario de San Sulpicio cerca de las Misiones y me suplicaba que yo, en unión con las Reparadoras, á quienes él llamaba mi sagrado batallón, buscara los medios de ayudar á los misioneros con algunas limosnas. Comprendía de cuánto consuelo sería para el Corazón del divino Maestro el gran número de almas que estas limosnas ayudarían á salvar, y desde aquel entonces buscaba los medios de procurar este consuelo. De este modo esperaba aplacar su justicia. No me cansaba de suplicarle me inspirase por qué medios podría colectar una importante suma formada por pequeñas limosnas y este pensamiento no me abandonaba ni un instante. Una tarde, sentada á la lumbre, absorta en mi ardiente deseo, mientras mi familia se recreaba jugando á cartas, el plan de la Propagación de la Fe, por decenas, cientos y miles, se presentó en mi mente con tanta claridad que, para no olvidarlo, lo escribí al instante con lápiz en el reverso de una carta: Los primeros círculos de Asociados contribuyendo con cinco céntimos á la semana, se formaron entre las *jóvenes operarias* de Lyon.» De este modo, gracias al celo de los pobres é indigentes, nació la gran Obra de la Propagación de la Fe.

FE. BRUNO DE SAN JOSÉ,  
Carmelita Descalzo.

(1) Letter to the Clergy and Laity of England.

## CARTAS DE MISIONEROS

### LA LEPROSERIA DE RANGOON (INDIA INGLESA)

#### ¿Se curará la lepra?

Los lectores de *Las Misiones Católicas* recordarán que otras veces hemos hablado de esta leprosería á la cual muchos han favorecido con sus limosnas: á su amable Director el Rdo. Sr. Freynet, de la Sociedad de las Misiones extranjeras de París, debemos las siguientes consoladoras noticias, que son un rayo de esperanza que hará estremecer de gozo al ejército de las víctimas de esta terrible enfermedad, considerada hasta hoy como incurable.

**C**ONTINUAMOS con fe y entusiasmo los trabajos para el anhelado descubrimiento de un tratamiento científico que cure la lepra.

Los cuidados de nuestro inteligente director el doc-

tor Rost, médico del ejército inglés, han devuelto la salud á la Hermana Catalina, á José, piadoso joven indígena, y á algún otro leproso. De la curación completa de la Hermana Catalina hace ya varios meses, y sigue sana y fuerte sin huella de su antiguo mal: otros varios pacientes, sometidos al tratamiento de nuestro director, no curaron, pero vieron atajados los progresos de la lepra.

¿En qué consiste el tratamiento del Dr. Rost? Fundado en el método de Pasteur, se aplica mediante inyecciones de un suero por él inventado y preparado. Para obtenerlo, macera nódulos asépticos de lepra en un caldo de cultivo.

En los primeros tiempos de sus experiencias había escogido el caldo de buey despojado de toda sal, pero





MOGOLIA.— RESIDENCIA Y CRISTIANDAD DE WEI-TCHANG, ESTABLECIDAS EN TANG-KIA-ING-TZE. — Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Kervyn (Pág. 209)

conservando sus propiedades nutritivas. En él se sembraban bacilos tomados de los nódulos del lóbulo de la oreja de un leproso. Estos bacilos, conservados durante dos ó tres meses á una temperatura de 33 á 40 grados, formaban al fondo del tubo un depósito blanquecino análogo á la tuberculina. Después de concentrar y esterilizar el caldo, el líquido, examinado al microscopio, no contenía ningún bacilo de lepra. Podía, pues, ser inyectado. Sus efectos fueron producir una reacción seguida de una mejora en cada caso tratado. Por este procedimiento, que tan brevemente he resumido, logramos los primeros éxitos.

Andando el tiempo, el caldo de buey fué sustituido por la leche y por el caldo de pescado. El Dr. Rost ha logrado cultivar y multiplicar los bacilos de la lepra. Experiencias hechas con sus últimos preparados, han permitido inocular la lepra á dos monos. El Gobierno inglés, que tanto desea el descubrimiento de un suero eficaz, para convencerse del éxito de la inoculación envió al Director general del *Medical Department* de la India, quien ha confirmado la existencia de la lepra en los dos animales ensayados.

Los últimos ensayos han sido de felices resultados. Un joven atacado de la lepra hacía 8 años, á los dos de seguir el tratamiento Rost ha sido dado de alta, limpio hasta de la menor huella de tan repugnante enfermedad: ya ha reingresado en el colegio en que cuando niño

se educaba, para reanudar sus interrumpidos estudios.

Otro de los éxitos es un leproso birmán, tan gravemente atacado que apenas tenía figura humana: su rostro, sus manos y todo el cuerpo estaba cubierto de espesa capa negruzca y hedionda. El Doctor me escribe que hoy el cambio es completo, el grosor y el color de la piel son los naturales. Añade que otros muchos leprosos presentan manifiestos señales de mejora.

Otro de nuestros éxitos y satisfacciones ha sido el haber vencido la oposición oficial contra la cual ha debido luchar el Dr. Rost, desde el principio de sus experimentos y esfuerzos en favor de los pobres leprosos. El Gobierno de la India ha resuelto mandar imprimir por su cuenta los estudios científicos de nuestro Doctor y los de otro oficial, el capitán Williams, que en Bombay hacía por su cuenta trabajos análogos á los que el Dr. Rost consagraba en Rangoon todas sus fuerzas. El Director general del servicio médico de la India, venido personalmente para examinar los resultados obtenidos, escribe:

«Después de atento examen de los cultivos Rost, me he convencido de que este Doctor ha logrado aislar y cultivar un organismo que posee los *característicos* distintivos del bacilo; aunque los resultados obtenidos no puedan aún ser considerados como absolutamente definitivos, opino que tienen importancia más que suficiente para justificar su publicación.»



A lo dicho añadiré para concluir que el Dr. Beurmann, del Hospital de San Luis de París, que en su reciente viaje por el extremo Oriente examinó los trabajos del Dr. Rost, ha resuelto servirse del nuevo suero para el tratamiento de los leprosos del Hospital de San Luis. Los resultados deben haber sido satisfactorios, pues dicho profesor acaba de escribirme pidiéndome que le envíe regularmente determinada cantidad de suero.

Y nada más, sino agradecer con toda mi alma á los lectores de *Las Misiones Católicas* de Europa y América, las limosnas con que han favorecido al Asilo de Rangoon: esta leprosería no tiene ni rentas ni protectores constantes, vive de la caridad cristiana. En la actualidad alberga 161 leprosos.

## NOTICIAS VARIAS

### Marruecos

**EL culto católico en Alcazarquivir.**—El domingo 20 de Agosto se dijo en Alcázar la primera Misa, oficiando el Rdo. P. Alvarez. La capilla se ha establecido en una casa que ha regalado el espléndido Agente consular inglés Mister Edmond Carletón, en prueba de gratitud por la instrucción que recibió en su infancia de los Franciscanos españoles en Tánger.

### China

**La educación del joven Emperador.**—Su majestad la Emperatriz madre acaba de firmar un decreto disponiendo el ingreso del joven Emperador en la escuela imperial Yeu-k'ing, el día decimotercero de la séptima luna, esto es, el 12 de Agosto. Los astros, por la forzosa mediación de los Directores del Observatorio astronómico, han declarado dicho día favorable.

Para el imperial alumno se han elegido tres profesores, que deben ser eminencias á juzgar por la espléndida retribución que perciben: á los tales señores el favor imperial les ha costado múltiples enemigos y envidiosos.

Por lo que á nosotros se refiere, deseamos sinceramente que los tales dirijan con el más singular acierto la educación del en cuyas manos estarán un día los destinos de 400 millones de hombres.

**EL feminismo en el Celeste Imperio.**—El ministro de Instrucción ha enviado una circular á las autoridades, en la que se recomienda como cuestión de trascendental importancia para la China el envío de mujeres jóvenes al extranjero á perfeccionar sus estudios. Enumera lo que debe saber la joven para que el Gobierno le pague el viaje al Japón, y luego añade que premiará con una bolsa de viaje, para que pueda ampliar sus conocimientos, á la que logre ser admitida, previas oposiciones, en la Escuela normal superior de Tokio, en la de Nai-lang ó en la de Sericicultura. ¡Querrá esto decir que el Gobierno chino empieza á comprender la dignidad de la mujer, y que gracias á su inteligencia puede servir para mucho más que para objeto de lujo á que la tiene condenada la ridícula moda de los pies pequeños?

### Seul (Corea)

**PROGRESOS de la Misión.**—Los Benedictinos de Santa Otilia, que el año anterior se establecieron en la capital del antiguo imperio coreano, están ya levantando con actividad las es-

cuelas para los indígenas y el Monasterio que ha de albergar á los monjes. Los claustros de éste tendrán 40 metros de largo cada uno, y dos pisos. Este año han celebrado allí con toda la solemnidad posible las fiestas de su fundador San Benito. El 21 de Marzo, consagrado á su dichoso tránsito, tomaron parte en ella las colonias extranjeras, los alumnos del Seminario de Ryongsan y los fieles de la población. En la fiesta del Patrocinio (9 de Julio) celebró de Pontifical el Rmo. P. Norberto Weber, Abad de Santa Otilia y Superior general de la Congregación, el cual poco después ha pasado á visitar las Misiones que la misma dirige en el África Oriental, perteneciente á Alemania, las cuales van prosperando cada día más y más, después de haber sido regadas varias veces con sangre de misioneros.

### Japón

**ACTIVIDAD naval.**—El Japón, menos rico que otros pueblos, continúa mereciendo ser citado como modelo entre los que se preocupan del desarrollo de sus fuerzas militares. Dice el *Hotsi Simboun*: «Gracias á que nuestras relaciones con Rusia son satisfactorias, debemos consagrar á la marina todo nuestro esfuerzo militar.» Consecuentes con esta idea, el próximo pasado año lanzaron al mar sus dos primeros Dreadnught, el *Metsio* y el *Kewashi*, de 20,900 toneladas, y dotados de la artillería más poderosa que nunca ha tenido acorazado alguno. Apenas surcaban los mares estos colosos, que ya los arsenales de Kuré y Yokosuka emprendían con loca actividad la construcción de otros dos iguales, y el Gobierno encargaba á Inglaterra la rápida construcción de un quinto coloso.

Y no se limita á estas construcciones el Gobierno del Mikado, sino que contrata el ensanche de los docks de Nagasaki y Kowasaki, los cuales serán capaces para construir los más grandiosos Dreadnught, á cuya construcción se atiende ya desde el corriente año con la suma anual de 85.000.000 de yens. Hay, pues, cuatro arsenales de primer orden trabajando simultáneamente en estas grandes construcciones. Dentro breve plazo quedarán listos los cruceros *Ibuki* y *Kurama*, y dos *sister-ship* de 14,000 toneladas, lo cual permitirá emprender la construcción de los proyectados grandes cruceros de 20,000 toneladas, en tanto que en los menos importantes arsenales de Sasebo y Maitsara continuará la construcción de pequeños cruceros y *destroyers*.

Los japoneses, entusiastas patriotas, anhelantes de la grandeza de su imperio, se explican esta actividad desesperada diciendo que se trata de mantener la preponderancia de la bandera del imperio del Sol naciente en los mares amarillos, amenazada por el norte-americano.

Sabido es que el valor numérico de la armada de los Estados Unidos es muy superior al de la japonesa, y que su inferioridad eventual sólo podría ser debida á la distancia, al llegar tarde y á la insuficiencia de las bases navales de que dispondría cruzado el Pacífico. Prescindiendo de sus Dreadnught, el próximo pasado año tenía los Estados Unidos 23 acorazados que suman 300,000 toneladas, contra 12 acorazados japoneses que suman 170,000. Igual diferencia arroja la comparación de los Dreadnught de ambas potencias. Con el *Arkansas* y el *Wyoming*, barcos de 26,000 toneladas, que navegan desde Enero del corriente año, son cinco los Dreadnught que pasean orgullosos el pabellón norte-americano.

El programa americano expuesto por M. de Langerke-Meyer, en su informe anual de 1910, comprende la creación en un plazo de cinco años de una flota de 20 Dreadnught. Llegarán á este resultado de 1913 á 1918, aumentando de dos á tres la producción anual de Dreadnught. En el decurso de



estos cinco años quedará abierto el Canal de Panamá, y la primera línea, destinada entera al Pacífico, se habrá trasladado á las nuevas bases navales que se organizarán entre San Francisco y Dos Angeles.

Este crecimiento colosal, este traslado de la fuerza americana de una parte del mundo á otro, es lo que los japoneses prevén, y contra la cual intentan prepararse. Derrotados ya en el pugilato de presupuestos, no tienen ni los recursos financieros necesarios para seguir los pasos de sus rivales, ni medios técnicos iguales á los de que disponen los norte-americanos. Estos han construido el *Wyoming* en quince meses, y los japoneses para la construcción del *Kawaski* han necesitado veintiuno. Esta diferencia de velocidad evidencia que los japoneses con sus cuatro arsenales sólo lograrán producir tres Dreadnought al año, que es lo previsto por el almirantazgo norte-americano.

En revancha, los japoneses tienen en el occidente del Pacífico las ventajas de una mejor situación estratégica y las de bases mejor organizadas. Al renunciar á Port-Arthur, cuyas propiedades navales no pasan de mediocres, y cuyas comunicaciones con su metrópoli creyeron difíciles de asegurar, han elegido el puerto de Tchinkai, en la costa coreana del Sud, para abrigo de sus navios de guerra. La costa que se extiende de Mokpo á Mozampo será poderosamente fortificada. Tchinkai, en lo más profundo de una bahía de cinco kilómetros, será provisto de dos diques y de numerosas obras destinadas á contrarrestar, hasta anularlos si pueden, los efectos del bombardeo. Estas obras serán baratas, dicen unos 15 millones de yens. Y así el presupuesto de los próximos años podrá sumar nuevos créditos á los actuales ya enormes gastos, para lograr la deseada supremacía naval y para renovar armamentos.

Este plan, metódicamente desarrollado, tiende á reforzar la situación militar del Japón en el Extremo Oriente. Es un elemento nuevo con el que habrá que contar el día de la gran lucha que definió el capitán Mahón, diciendo: «Será la que resuelva quién ha de reinar en los mares, la raza blanca ó la amarilla.»

#### Caquetá (Colombia)

Los Misioneros Capuchinos.—La Santa Sede, de común acuerdo con el Gobierno de la República de Colombia, nombró en el año de 1904 Prefecto Apostólico del Caquetá (Colombia) al celoso, sabio y virtuoso Capuchino Fr. Fidel de Montclar, de la Provincia de Cataluña.

En el poco tiempo que desempeña el alto cargo de Prefecto Apostólico, las Misiones han progresado de una manera asombrosa en lo espiritual y material. Ha fundado 25 escuelas, alguna de ellas bajo la sabia dirección de los reverendos Hermanos Maristas y de las reverendas Madres Franciscanas. Ha establecido talleres de carpintería para que los indios de esas Misiones salieran de su habitual estado de

quietismo é ignorancia y facilitarles á la vez medios para subvenir á sus necesidades. La agricultura, completamente desconocida y abandonada en esas tierras vírgenes, se halla hoy en vías de progreso, merced á los esfuerzos realizados por los Misioneros Capuchinos, quienes llevaron de España toda clase de semillas para hacer los ensayos en las fértiles tierras del Caquetá. Frecuentes y provechosas son las lecciones de agricultura práctica que los indígenas reciben de los misioneros.

Penetrados los Misioneros Capuchinos de la suma importancia y riqueza de las fértiles regiones del Caquetá, han conseguido del Gobierno de Colombia un presupuesto en metálico con el objeto de facilitar vías de comunicación y lograr de ese modo el contacto de las tribus salvajes con pueblos civilizados. Se está llevando á feliz término el camino de herradura que los reverendos Padres Misioneros Capuchinos han abierto desde Pasto, ciudad limítrofe de la Prefectura Apostólica, hasta al Putumayo. Han merecido los Capuchinos por parte del Gobierno colombiano los más sinceros elogios por el feliz éxito con que llevan á cabo tan grande empresa. Mucho han sufrido los misioneros en la construcción de este camino, pues se han visto precisados las más de las veces á tomar el hacha y la palendra y pasar días enteros metidos en profundos lodazales, sufriendo el frío glacial de los páramos y la lluvia torrencial que con frecuencia les caía encima. Con tan edificante ejemplo es como han podido conseguir peones en número considerable para la pronta terminación de este camino-carretera que ha de reportar un bien inmenso á la nación, facilitará el rápido progreso á la industria y al comercio en el Sur de Colombia y asegurará á la nación su soberanía en esas vastísimas regiones del Caquetá, cuya riqueza alcanzaría sustentar á 50 millones de habitantes. Tanto es así, que el Jurado de la Exposición Nacional de Quito (Ecuador) adjudicó al Reverendísimo Prefecto Apostólico, Fr. Fidel de Montclar, un diploma de primera clase con *Medalla de oro* por los productos que este infatigable misionero, después de sabias y profundas investigaciones, extrajo de las selváticas tierras del Caquetá. Vean nuestros lectores de qué manera reconoce y premia la meritisima labor del fraile un Gobierno cuya hostilidad á la Iglesia y á sus ministros es bien manifiesta. ¡Menos mal que nuestros encarnizados enemigos hagan de vez en cuando justicia á los frailes con tan laudables y manifiestas retractaciones!

#### Estados Unidos

Los Benedictinos en los Estados Unidos.—Actualmente hay en los Estados Unidos 22 Monasterios de Religiosos Benedictinos con más de 1,360 monjes, que, á más de las muchas Misiones que les están confiadas, dirigen 21 Colegios y seis Seminarios con unos 3,500 alumnos. Además hay 27 Monasterios de Benedictinas con 2,400 Religiosas. El de San José de Minnesota cuenta con 450 monjas.

## MISIONES DEL PERÚ

(Conclusión)

No faltan hombres buenos que contraen el matrimonio debidamente y siguen fieles; tampoco son raros los hombres de buen corazón que indudablemente harían lo mismo si pudiesen respirar otro ambiente, toda

vez que permanecen años y años con su compañera sin el menor disgusto y velando por la educación de sus hijos; pero el proceder general es otro.

Concurre además la circunstancia de que los explo-



tadores de caucho son gente joven que trabaja para más tarde vivir entre personas cultas disfrutando de su capital, y como en el entretanto no se saben abstener por causa del mal ejemplo, á lo que se añade la utilidad de la mujer para los trabajos de costura, lavado y demás, sin los cuales es muy difícil que puedan vivir los caucheros, resulta que todo lo resuelven por el camino de pecado y remordimientos y además con detrimento de tercero, que naturalmente es el sexo débil.

Puede, en resumen, afirmarse que en estos países no hay otra práctica de Religión que el bautismo, con la cual casi todos cumplen, y no siempre por lo que es en sí misma, sino porque de ahí se toma motivo para hacerse de compadres que puedan ser útiles y darse el gusto de un baile.

El asistir á Misa en días festivos es cosa que se usa muy poco, por más que el Misionero se esfuerce en hacer palpable la obligación.

Se observa en la mujer cierta inclinación á las novenas en honor de Nuestra Señora ú otros Santos, y es algo frecuente el encargar misas para determinados fines.

Finalmente, no son raros los casos de llamar al misionero para confesarse al tiempo de la muerte, pero como es natural, la mitad de las veces se llega tarde, y la suerte de esas almas queda no poco indecisa. Las honras fúnebres ocupan todavía su puesto, y caso de no verificarse, siempre se encargan misas ú otros sufragios.

Falta que veamos lo que el misionero puede hacer y hace para remediar estos males.

Debido al modo especial como está formada la población de estos ríos, no se puede pensar en fundar pueblos. Porque la población en los ríos orientales no es otra cosa que una serie de ranchos estacionados á lo largo de ambas orillas. Por lo demás, no existen casi poblaciones sino en las confluencias de ríos caudalosos, y algo que se parece á población en las fronteras. Este orden de cosas tiene que seguir forzosamente mientras el comercio esté reducido únicamente á la extracción del caucho.

Sin embargo, existen en el Perú tres proyectos de ferrocarril á la región de los ríos ó *montaña* como ha dado en llamarse; los tres han merecido la respectiva comisión técnica que los estudie, y uno de ellos presentado por firmas norteamericanas que, según indicios, guardan estrecha relación con el canal de Panamá, está en vías de próxima realización, desde que en lo principal ha obtenido la sanción del Parlamento y sólo quedan por ventilarse algunas condiciones accesorias. El día que se realicen estos tres ideales, no habrá diferencia de civilizados y salvajes en el Perú, y la construcción de una sola línea férrea ha de hacer que las otras dos no tarden mucho tiempo. Por este medio han logrado su transformación los EE. UU. del Norte y la República Argentina.

Entonces cambiarán totalmente las circunstancias para el misionero y sus medios de acción podrán alcanzar un relativo desenvolvimiento que guardará relación con el personal.

Por ahora, debido al modo especial como está formada la población de los ríos, no se puede pensar en fun-

dar pueblos; pues no aprovechándose más que las riberras, es forzoso que los pobladores vivan diseminados en la forma que hemos dicho. De aquí resulta que exceptuando contados centros, en que el servicio religioso ha podido regularizarse para los que gustan de aprovecharlo, lo demás de nuestro ministerio tiene que reducirse á navegar río arriba y río abajo, pasando en cada caserío y estancia con el fin de administrar el bautismo, confirmación y matrimonio, eso si el patrón no es de colores subidos, pues los tales no faltan.

Los viajes se hacen en pequeñas embarcaciones á remo (canoa) ó en los vaporcitos que hacen el tráfico, introduciendo productos europeos y exportando en cambio productos gomeros.

Hay que confesar que es cosa agradable el ver estas embarcaciones que suben y bajan, desde el Amazonas hasta donde el caudal de agua de los distintos ríos lo permite (en tiempo de lluvias el recorrido llega á doblar sus proporciones) por espacio de un mes ó más, esparciendo vida por estas soledades, pero es cosa que contrista ver el estado embrionario del sentido moral, que lejos de irse formando por el modelo de la Religión, gusta más bien de embeberse en el ambiente de vida alegre y despreocupada, de que junto con las mercaderías son importadores los negociantes europeos, franceses casi todos, de lo más bajo é inverosímil.

Por lo que dejamos dicho se comprenderá que la Religión no puede prometerse mayor bonanza que digamos, mientras todo esto no cambie radicalmente. El espíritu del mal aprovecha todos los medios para ganarse prosélitos, y como sus medios principales de acción son el orgullo propio y egoísmo personal de cada hombre, desarrollados en proporciones gigantescas por haber faltado en tanto tiempo los ministros de la divina palabra y los ejemplos buenos que contuvieran el avance de las pasiones, hoy no tiene el misionero más esperanza que una vigorosa y consistente organización civil, que según esperamos no ha de tardar, y con las garantías y apoyo que ésta le dispense hará que la Religión revista un carácter oficial como en otros puntos de la República, y entonces los que no quieran ser cristianos de corazón se verán al menos en la necesidad de contener sus instintos y ocultar sus miserias sin que salgan á la luz del día tan lastimosamente, dando lugar á que las personas de corazón bueno que siempre han de constituir una gran parte, cumplan sus deberes religiosos tranquila y honradamente, sin el menosprecio é irritación con que ahora se miran estas cosas.

Es dado esperar buenos frutos de la juventud, pues la instrucción ha sido implantada con regularidad, y puestos los niños en parte á disposición del Misionero para que se llegue á instruirlos en sus deberes de Religión y sociedad. Así es como se ha podido verificar una primera Comunión de niños en Contamana, ciudad del Meayali, que cuenta con casi doscientos niños varones y otras tantas niñas. Pero hemos podido hacernos cargo de la resistencia que más de un padre ó madre de familia han hecho á que sus niños cumplan precisamente las ordenaciones del reglamento escolar del Perú.

Nuestra obra entre infieles, como lo decíamos en otra parte, es puramente nominal, aunque esto parezca un





MOGOLIA.— UNA ESCUELA EN LA CRISTIANDAD DE CHAN HEOU. — Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Kervyn. (Pág. 209)

contrasentido. Se nos entenderá si decimos que en los lugares habitados por colonos el infiel permanece sujeto del todo á ellos, y en todo puede pensarse menos en emanciparlo y establecer una población indígena por separado. ¿A quién ha de admirar esto cuando las antiguas poblaciones fundadas y sostenidas por los Franciscanos que nos precedieron, han sido disueltas en menos tiempo que basta para imaginarlo, por causa de la malhadada extracción de gomas? Como aquí sólo ha imperado la fuerza, no había más que formar un cuerpo de aguerridos asaltantes y llevarse en el acto hacia el monte la mitad de un pueblo ó todo entero, sin esperanzas de remedio. No siempre se ha echado mano de la fuerza, pues muchas veces van los colonos encadenando suavemente al indio en las mallas de una cuenta que él se propone satisfacer fielmente, pero cuando menos se imagina se le exige el pago, y como no lo tiene á la mano, porque el ahorro para el indio es poco menos que un enigma, se lo llevan irremisiblemente al trabajo de caucho, casi siempre para no volver. Así se reclutan caravanas de veinte, cuarenta y más operarios, y así es como en reducido lapso de tiempo surgen fortunas que nadie había ni soñado.

Si pues la temeridad de los negociantes llega al extremo de acabar con los pueblos formados ¿á qué conduciría el intento de fundar otros nuevos? Ciertamente que no faltan numerosas agrupaciones de indígenas que

viven en estado salvaje, pero los tales viven cada vez más expuestos á la contingencia de verse asaltados por una patrulla de bandoleros (comisionados los llaman) sin nociones y sin conciencia, que á nombre de éste ó el otro cauchero los asaltan y hacen prisioneros para que vayan á cebar las ambiciones de nuestros especuladores. Hay todavía hombres tan perniciosos que se consagran únicamente á la extracción de estos infieles para venderlos como en Africa, valiéndose de una tribu á quien adulan para hostigar y aniquilar á la otra. Naturalmente, es un recurso infernal y de seguro éxito, pues conocido es el antagonismo que reina entre las distintas familias de infieles. Estas incursiones tienen generalmente un carácter sangriento, pues para hacer prisioneros á unos pocos es forzoso arrasar viviendas, matar á los que se resisten y demás que cualquiera puede imaginarse. Cautivos los indígenas, no hay que pensar en que el patrón busque al Misionero para instruirlos, pues ó éste entenderá muy poco de dignidad, ó se verá en la dura precisión de enrostrar sus atropellos á estos caciques de nuevo cuño.

El Gobierno del Perú sabe todas estas cosas, pero no dispone de suficientes arbitrios para remediarlas. Los indígenas son quienes al fin lo han entendido mejor, pues se les ve emprender una vigorosa campaña de reivindicaciones. Hace cosa de un año echaron por tierra una negociación en sola una noche, matando por asalto



y sin piedad á un patrón con gran número de satélites ó empleados. Apenas quedó quien pudiera contarlos. Hace poco tiempo ha ocurrido una cosa igual en dos distintos lugares, y aquí han quedado malparados los españoles que sin duda querían hacer del indio un autómatas, cuando por ley de naturaleza sigue siendo el rey nato de las selvas.

En todo caso este desconcierto es el más pernicioso ambiente que podía idearse para el desarrollo de una Misión apostólica. Los patronos nos miran con recelo, porque saben que nuestro deber es declararnos en fa-

vor del indio que explotan, y el indio nos mira con recelo más concentrado si cabe, porque ve que somos blancos y del mismo talante que sus perseguidores. Las representaciones al Gobierno, hasta hoy al menos, no han pasado de letra muerta. No está demás encomendar tan espinosa situación á las naciones de los buenos lectores de *Las Misiones Católicas*, que tanto se interesan por la difusión del Evangelio.

FR. LEANDRO CORNEJO,  
Misionero Franciscano.

## RECUERDOS DE MI MISIÓN

El 14 de Noviembre de 1895



UÉ día tan triste amaneció para nosotros los misioneros de Ienige-kalé el 14 de Noviembre de aquel turbulento año 1895! Después de haber pasado la noche casi toda en vela, sentados en unión del maestro de escuela al rededor de la mesa del comedor donde nuestro rústico pero fidelísimo cocinero había dejado una fuente con arroz cocido y potaje de habichuela, que ninguno de los comensales probó porque no bajaba por la garganta; apenados, sin que mediase siquiera conversación, fuera de alguna que otra frase aislada pronunciada ora por el maestro, ora por alguno de los misioneros (las frases de siempre), aquél diciendo: «No, á lo que parece, la venida del Mudir en estas circunstancias no puede tener buen significado... No vendría tampoco acompañado de los miembros del Gobierno, como escribe, ni mucho menos de los caciques turcos de la región, si su visita fuese de paz... No, no hay razón para interpretar bien esta visita á última hora, ya cuando no tienen remedio las cosas, después de que nos han calumniado ante el Gobierno de la provincia, presentándonos como revolucionarios, incendiarios, asesinos; después que hasta han llegado á pedir tropas para dominar nuestra osadía, los desmanes de nuestra anarquía, etc., etc.» Y nosotros indistintamente: «Bueno, el Señor tendrá compasión... cierto que por amistad esa gente no viene, pues enemigos de toda la vida, sin razón alguna no pueden convertirse en amigos... pero ¿cuál será el fin de esa visita?... ¿querrán prendernos á los misioneros?... ¿querrán registrar nuestra casa-misión para ver si tenemos armas?» con otras frases por el estilo, emitidas sucesivamente después de largos ratos de silencio, nos pasaron las horas tan desapercibidas que cuando llegamos á alzarnos de la mesa y separarnos para tomar algún descanso, eran las dos de la mañana. En el corredor sólo vigilaba en aquella hora un joven cojo del pueblo, llamado Jachir, único que siete ú ocho días atrás habíamos podido encontrar de confianza y á propósito para hacer la guardia á la casa durante la noche; los niños, y los pocos paisanos que no se habían retirado á sus viviendas por creerse más se-

guros á nuestro lado, dormían tranquilamente en el corredor, bien ajenos á la tristeza que desde la tarde anterior embargaba nuestros corazones, por lo mismo que también eran ajenos al aviso que el Mudir del distrito nos mandara, diciendo que el día siguiente por la mañana haría una visita á nuestro pueblo (visita por demás inoportuna, y que encerraba para nosotros un verdadero peligro) acompañado de todos los miembros que componían su Gobierno, y de los *agús* (caciques) turcos de la región, viniendo así á dar cierto aspecto de veracidad á la noticia que ya de días corría entre aquellos paisanos, á saber, que la Autoridad civil quería á todo trance y bajo cualquier pretexto haber á mano á los misioneros europeos para... según unos, matar los cristianos de la región á mansalva, es decir, sin peligro de que nadie hiciese saber la noticia á Europa; según otros, para desahogar en ellos el odio que animaban contra todos los europeos.

Yo no sé si habré podido conciliar el sueño siquiera diez minutos durante las pocas horas que nos quedaban de descanso. Sobrecogido de miedo, ni me atreví á acostarme, atento siempre al menor ruido de casa y de las afueras, hasta al menor ladrido de los perros. ¡Qué noche tan horrenda! El Hermano lego, empero, la debió pasar tal vez peor que yo. Tres veces vino el pobre á mi habitación para despertarme, llamándome la atención sobre... no recuerdo ya qué cosas, si de voces que venían del pueblo, si de charlas que los paisanos habían trabado entre sí en el corredor al despertarse, si de algún lejano tiro de fusil, etc.; y no obstante que yo le aseguré no había nada, persuadiéndole á volver á la cama y fiarse en mí que le llamaría apenas notase la más mínima novedad, allá le encontré en el corredor, una vez que salí á él sobresaltado por no sé qué ruido, pidiendo y dando explicaciones no sé de qué cosas á los paisanos con gestos de manos, de cabeza y hasta de pies. ¡Pobre Hermano! ¡Qué tormentos de infierno ha debido sufrir no sólo aquel día, sino durante todo el tiempo que duró la persecución, á causa de no comprender la lengua turca, y figurársele que todo lo que se hablaba ó todo lo que se cuestionaba entre aquellos montañeses paisanos se relacionaba con la cuestión del día, con algún nuevo é inminente peligro que nos amenazaba!





MOGOLIA.—ALGUNOS DE LOS POCOS ÁRBOLES QUE HAN ESCAPADO AL VANDALISMO DE LOS CHINOS DE MOGOLIA.—Reproducción directa de fotografía remitida por el reverendo P. Kervyn. (Pág. 209)

Serían las seis cuando definitivamente dejé la habitación con objeto de ir á celebrar la Santa Misa. Los huérfanos seguían aún en el corredor durmiendo el sueño de los ángeles. De los paisanos había quedado sólo uno: indudablemente estaban en la antecámara del Superior de donde venían algunas voces. Me acerqué, pues, allá, no ya llevado de curiosidad, como podría acaecerme otras veces, sino impulsado por el miedo, casi sin darme cuenta, y como buscando un remedio ó una solución al mal que roía mi alma. Allí encontré también al Hermano lego, quien antes que yo se adelantara á escuchar (sin comprender una sola palabra) lo que se resolvía entre el Superior y varios ancianos del pueblo á quienes éste había mandado aviso muy de mañana á fin de que pasaran á visitarle. Cuando entré, apenas si alguno de ellos alzó la cabeza; la noticia que acababan de recibir del Superior y que hasta allí éste les había ocultado por evitar alarmas, les tenía perplejos y ensimismados. Si el Mudir y su gente, decíanse, se empeñaban en llevarse consigo á los misioneros, ¿podría el pueblo oponerse á ello con las armas? Indudablemente que si así se hacía, correría sangre musulmana, pero esta sangre sería muy luego vengada por el Gobierno del Sultán hasta en los mismos niños de cuna del pueblo de Ienige-kalé. Si, pues, venían con intención de efectuar un registro para recoger armas, no sólo en el Hospicio Franciscano, cosa que les tenía y nos tenían sin cuidado, ya que en él no había más que

lo puramente necesario y permitido por la ley para uso de casa, lo cual aunque se nos quitase nada se perdía, sino también para recoger las de todo el pueblo, necesariamente en este caso el pueblo se negaría á entregarlas, y de ello nuevo conflicto con el Gobierno, conflicto que tal vez fuese buscado como pretexto para arruinar á Ienige-kalé. Por estos y otros motivos que se iban exponiendo, estaban afligidísimos, pero más aún el Superior, quien en aquel momento tenía un aspecto cadavérico, lo que contribuyó á aumentar en mí, ¿por qué no decirlo? el miedo cerval que ya de días atrás torturaba mi ánimo. Veía en mi interior cuadros horribles, y no sabía raciocinar conmigo mismo más que sobre horrores. Así que, olvidando ya la celebración de la Misa que me había sacado de la habitación, apenas el Superior, perdida la esperanza de venir á partido satisfactorio con los paisanos, abandonaba su compañía con el mismo fin, me acerqué á él determinado á poner en su conocimiento la resolución que había tomado, y con la que también había combatido durante las horas de descanso de aquella monstruosa noche.

—Mire, Padre, díjele al oído y aparentando serenidad apenas salió al corredor, yo no creo que ocurra nada, pero... por un si acaso, no sería malo que yo no pareciese cuando llegasen esos señores del Gobierno. Yo comprendo que hasta cierto punto voy contra un peligro al querer ocultarme á sus ojos, pues al pretender salvar después todo este pueblo en caso de que á



esos hombres les animasen dañinas intenciones, es pretender demasiado, pero en mi concepto es lo más acertado, para bien de toda esta pobre gente, de los huérfanos y del Hospicio. Por eso mismo será conveniente también que nadie sepa de mi paradero, y V. en caso extremo podrá entenderse con Agop (Agop era un muchacho que hacía poco tiempo saliera de nuestro Orfelinato, sumamente fiel y bueno), único que sabrá á donde me retiro, el cual podrá asimismo traerme cualquier noticia. ¿No le parece esto muy acertado?»

El Superior, que por demás comprendió en el acto el origen de todos aquellos mis embrollos y simplezas, parto de una cabeza ya medio desequilibrada por el miedo, que ni siquiera servirían para embaucar á un niño ó persuadir á un bobo, se limitó á responderme, con una sonrisa de compasión en los labios: «Bueno, bueno, puede irse.»

Seguí á continuación dando dos vueltas en el corredor, sólo con el fin de que él se revistiese y comenzase la Misa, atrayendo así la atención de la gente que iba entrando en el Hospicio ó se paraba ante su puerta, sino también para ver de despistar en esta forma al Hermano lego, que seguía con la vista todos mis movimientos, al menos según me parecía á mí en aquel entonces, y el cual indudablemente no me abandonaría un solo instante en el mero hecho de sospechar mis intenciones, con lo que caería por tierra todo mi plan egoísta, el plan de librarme yo solo, sin que nadie me fuese estorbo, de cualquier contingente peligro. Al fin aquél entró también en la iglesia, tal vez persuadido de que en mí no había intención alguna oculta, al menos por el momento, en vista de las siguientes frases que acababa de dirigirle:

«—Mire, Hermano, haga la caridad de avisarme apenas termine el Superior la Santa Misa, y hoy, si es posible, procure V. servir á la mía, porque la voz chillona de esos niños me distraen bastante, y no sería este el día más á propósito para decir la Misa distraído.»

Y apenas él entró, acercándome disimuladamente á la puerta de la iglesia indiqué á una de las mujeres que llamase al muchacho Agop. Con él salí por la huerta saltando su vallado, sin indicarle siquiera cuál era mi intención, hasta que llegamos á la mitad de la ladera occidental de la montaña, donde parándome le dije:

«—Hemos convenido con el Superior que yo me oculte mientras viene la gente del Gobierno, pues en caso de que acaezca algo grave, tanto en el pueblo como en el Hospicio, yo tendré que entendérmelas con unos ó con otros para mandar aviso á los consulados europeos de la costa, ya que no sería posible mandarlo á los del interior, á fin de que pongan remedio al mal. Tienes que llevarme al lugar que conozcas más recóndito de la montaña, pero que no esté, en cuanto sea posible, muy lejos del pueblo, y cuidado en que nadie, absolutamente nadie, sepa nada de mi paradero. Una vez que los miembros del Gobierno hayan terminado sus asuntos en el pueblo, vienes á avisarme del resultado, fuera de ese caso no comparescas ante mí, á no ser que el Superior te lo imponga por algún motivo.»

El pobre muchacho oyó todo esto sumamente apesadumbrado, no porque le moviese á compasión la falta de cordura, por no decir el trastorno ya completo de mi

inteligencia, que yo mostraba en tales embrollos y determinaciones, sino más bien por el significado de esta mi huida, que para él era la prueba más convincente de los horrores que iban á suceder.

Condújome, pues, como á un kilómetro de distancia del pueblo, siempre al borde y siguiendo la corriente de un profundo torrente que costea aquél, y allí bajando al torrente por una pequeña depresión que ofrecía el terreno empezamos á caminar por su cuna, pero esta vez en dirección contraria á la corriente, y acercándonos siempre al pueblo. No me olvidaré nunca de aquella excursión: de minuto en minuto íbamos encerrándonos en la obscuridad de dos altísimos murallones, formados á veces por tierra movediza, otras por enormes escollos completamente socavados, y salpicados de una vegetación virgen pero muy irregular, encontrándose colgado de ellos tan pronto un monstruoso captus, un moral ó una higuera, bajo los cuales daba miedo pasar por lo descarnadas que se veían sus raíces, como un zarzal, un nudo de cañas, cepas, crecidísimas plantas, así pestíferas como aromáticas, etc., etc. Nuestro paso estaba asimismo interceptado por cuantos obstáculos pueda presentar la naturaleza, la que en aquella ocasión me pareció enemiga. Ya era un monstruoso peñasco el que se nos presentaba por delante cerrando todo el torrente en forma de cascada, ya un negro bosque en que todo se entrelazaba para hacerlo impenetrable, zarzas, cardos, cañas y hasta rosales, ya una profunda fosa abierta entre las rocas llena de agua, cortantes pedernales, resbaladizas losas y un sinnúmero de obstáculos más. Al fin, después de mil sofocones y mil peligros, llegamos al puesto que buscaba el muchacho. Era en verdad uno de los puntos más oscuros que yo había visto hasta allí en aquellas montañas. El torrente adquiría una profundidad de veinticinco ó treinta metros, y tanto sus muros cortados á pico en tierra negruzca y casi carbonizada, como la parte interior, por tal manera rebosaban de vegetación, que no ya una perdigonada pero aun la misma bala de fusil disparada desde la parte superior se perdería irremisiblemente antes de llegar á tierra.

«—Aquí puede estar seguro, díjome el muchacho, que ninguno de los turcos nacidos vendrá á encontrarle, y á lo sumo, á lo sumo podría acercarse á V. en tiempo de apuro alguno de los cristianos del pueblo, pero sólo de este pueblo.»

Y sin que siquiera le pidiese explicaciones de cómo había aprendido aquel lugar ó por cual motivo nadie que no fuese del pueblo podría acercarse á él, contestéle apenas terminó la frase indicada:

«—Bueno, bueno, muchas gracias; no tardes en volverte al pueblo á fin de que nadie sospeche de esto, y cuidadito con que nadie te vea salir del torrente, y más cuidado aún en acordarte de lo que te tengo encargado.»

«—Sí, Padre, sí, repuso, Dios quiera que no suceda nada, y que pueda traer á V. buenas nuevas.»

Dicho esto desapareció entre aquellos retamales, para volver á desandar el mismo camino que hasta allí habíamos hecho.

FR. MANUEL TRIGO, O. F. M.

(Continuará).



## LA MISIÓN DE SAN JOSÉ DE NARGANÁ ENTRE LOS KARIBES

(República de Panamá)

(Continuación)

El gallinazo se dice en karibe *mulá*, de donde viene al Archipiélago el nombre de «Archipiélago de mulatas.»

Día 27 de Marzo, Miércoles Santo.—A las tres de la tarde llegamos á Narganá. Hizonos aguardar anclados largo rato el cacique Enrique de la isla hoy llamada del Sagrado Corazón. Apareció por fin con mucha gravedad y gran seriedad, rúbrica del Karibe al presentarse ante desconocidos, sentado en medio del cayuco, llevando á proa y popa dos boges, sus oficiales. En pocas y secas palabras averiguó mi parentela y procedencia, contestando que él no quería español y menos si no tenía mujer, porque él no entendía español y conjeturaba que si no tenía mujer les quitaría de ellos, razón por lo cual ellos no admiten ningún extranjero para no mezclar su sangre y raza.—Dije que el Padre es hijo de Dios, y ha de vivir como Cristo, sin mujer, y que el Padre vivir con mujer sería gran pecado que le llevaría al infierno. Se quedó admirado de estas primeras ideas que recibía y así procuré aclarárselas.—Y tú, ¿qué pretendes con tu venida?—Vengo á enseñaros el camino del cielo para que cuando muráis vayáis á gozar. Así le resumí toda la doctrina de la Trinidad, Encarnación, Redención, Vicariato de Cristo en Pedro, el Papa, el Obispo de Panamá; que si en tal doctrina creían y según ella obraban se salvarían, y si no se condenarían. Al oír eso del infierno dijo: «¿cómo todos nosotros quemarnos? ¡Cál eso será vosotros los *huacas* ó extranjeros, que nosotros vamos á ver á nuestro padre Dios.—Bueno, dije, todo eso no se puede explicar en un momento, pues no estáis en autos. El Papa, por el señor Obispo de Panamá, me mandan á que me quede aquí y poco á poco yo os lo iré explicando todo.—¿Cómo? aquí no te puedes quedar, que no admitimos extranjeros. Además, si te quedas te morirás y luego creerán en Panamá que te hemos matado y tendremos disgustos.—¿Y por qué me he de morir?—Porque no podrás comer nuestras comidas.—Si yo como cualquier comida.—Es que no hay comida, y vamos á ver, ¿qué comerás?—Arroz (es el artículo más común en todo el Istmo).—Es que no hay arroz.—Bueno, pues entonces plátanos.—Es que no hay plátanos (crecen hasta como mala hierba).—Entonces no importa, porque yo traigo comida; sólo necesito que pongáis un par de niños conmigo para que aprendan mi lengua y yo bien la vuestra. Estaba yo admirado de cómo hablaba yo karibe por vez primera—con tan pocos días de preparación como tuve.—Es que no hay muchachos (cuando á la verdad es una conejera de chiquillos cada chozón).—Es que, dije conociendo su deseo de cerrarme todas las puertas, yo aquí traigo cartas del señor Obispo y del señor Presidente de la República esta para entrar, y si no me dejáis entrar me volveré y diré que no me habéis dejado entrar, y entonces volveré con soldados, pues no pretendo meteros yo por fuerza en mi religión, sino que me oigáis, y si después no queréis

creer, entonces, sí, me iré, y Dios os castigará.—El indio como sagaz, se puso pensativo y dijo:—Pues yo no entiendo eso de cartas, allá hay otro cacique que sabe leer. Si quieres vete á él; así me echó diplomáticamente. Como lo que pretendía era entrar en una parte ó en otra, dije:—Llévenme allá. Mandaron llamar al tal cacique. Haciéndose tarde y no viniendo dije, temiendo no se desdijera:—¿Cuándo salto á tierra á ver al cacique? Luego Enrique mandó á dos de sus oficiales que me llevaran al otro cacique de letras.

Salté al cayuco con toda gravedad, pues ya gran gentío en las playas de las dos contiguas islas se había reunido, y vi que era cosa de prosopopeya. Tendí un paraguas que miraban desnudos multitud de indios de una y otra isla. Las mujeres llevaban pampilla hasta medio muslo y las pantorrillas torneadas con avalorios. Todas llevan grandes patenas de oro á las orejas y un anillo de oro colgado de la nariz. Cogíme de la mano de mis dos guías para mayor solemnidad, ya que salté á tierra y por medio de las casas agrupadas, sin puertas que cierren, aquí no hay calles, sino que están las casas indigestamente y en cualquier dirección, llegué á la casa del cacique acompañado de mucha gente que me miraba como una cosa rarísima.

## II

Carlos es el primer Cacique que admite al Misionero entre los indios.—Empieza la catequización de los karibes.

El cacique Carlos, viéndome ante su puerta, se puso en pie tras el mostrador de su pequeña abarrotería. El capitán del vaporcito, negro de la isla de San Andrés, protestante, ó, mejor dicho, sin religión, pues mucho será si tiene alguna idea de Cristo, dijo en inglés, entrando en la casa de Carlos: «Este es un Padre católico á quien manda el Presidente de la República á vosotros.» Me dió pena que un protestante fuera mi introductor. Como lo hizo bien, consigno su nombre. Se llama Smith. Mostré las cartas al cacique.

Carta del señor Obispo de Panamá, D. Francisco Xavier Junguito:

«Señor Gobernador ó Cacique de los indígenas de la Costa de San Blas, y que moran en Narganá.

Panamá, 18-3 1907.

«Desde que Dios, mediante el Sumo Pontífice, me hizo Obispo de Panamá, dióme el cargo de mirar por la salvación de todos y cada uno de vosotros. Diariamente le he pedido á Dios que me proporcione medios para haceros felices y sabios en la ley del Señor. Veo que Dios ya quiere que os atienda más de cerca, y por eso es que hoy puedo enviaros al P. Leonardo Gassó, para que os visite en mi nombre, os muestre mis bue-



nos deseos, y le comunicuéis los que vosotros tengáis de complacer á Dios y merecer sus favores.

«Os ruego, pues, que le recibáis como me recibiríais á mí mismo, teniendo por cierto que lo único que él se propone en mi nombre es el haceros el mayor bien posible, y que en nada busca su propio interés. Quedo esperando de Dios el que vosotros quedéis contentos de esa visita, y que no deis oído á las pérfidas insinuaciones con que el enemigo de los hombres querría cerraros el camino de los bienes del cielo. Reflexionad que oponerse á Dios es dar paso á Satanás, que no busca sino cómo arrastrar con todos los hombres blancos, negros é indios al infierno. Yo no quiero sino llevaros al cielo. Vuestro Padre y Prelado,

«† JAVIER, Obispo de Panamá.»

Carta del Excmo. Sr. Presidente, Dr. Manuel Amador Guerrero:

«República de Panamá.—Presidencia.—Privado.

«Panamá, March 18 th 1907.

«Mr. Charles Robinson. (La traducción del inglés dice así):

«Mi querido amigo: Yo recomiendo especialmente al P. Gassó, quien se va á San Blas. El es buen amigo mío. El P. Gassó está muy bien interesado en el bien de los indios de San Blas, y tiene las mismas opiniones que V. tiene, y está enteramente de acuerdo con mi parecer, sobre el objeto que V. conoce también.

«Estoy cierto que á V. gustará el P. Gassó, y yo estaré muy obligado á V. á cualquier asistencia (atención) que pueda darle á él. Vuestro verdadero amigo,

M. AMADOR.»

Leídas por Carlos las cartas, dijo resueltamente: «Padre, esta es tu casa. Hace tiempo que quería yo ser instruido por un Padre católico, y me alegro que hayas venido. Vivirás entre nosotros enseñándonos, y serás nuestro Padre.» Se me abrió el cielo. ¡Adiós, Enrique fatídico! Adiós, negro maquinista, que lleno de miedo y compasión al saltar yo del vaporcito al cayuco con los demás negros dijo: «Pobre Padre, esta noche le matan.—¡Ojalá, dije, y me voy de una vez al cielo!» Entonces tomé la palabra y comenté á Carlos la carta del señor Obispo, por ser de ideas más levantadas y difíciles, haciendo un resumen de doctrina, parecido al que hice á Enrique. *Alter assumetur, alter relinquitur*. Lo que á Carlos convirtió, á Enrique endureció y separó de Dios, como veremos.

Es Carlos el indio más inteligente que en veinte años de América he conocido. Muy niño deseó saber: el niño vistiéndose una camisita se metió en un barco velero, pagando su pasaje y comida con sus servicios, y aportó á Providencia, en casa de un dómine. Aprendió á leer y hablar inglés, y su preceptor, que era protestante de buena fe, le hizo muy devoto de la biblia, y no le hizo enemigo del católico, como suelen hacer los protestantes de habla castellana. A los seis años su padre quiso irlo á ver. Sin duda por la diversidad de comidas del barco, á las cuales no estaba hecho en su vida frugal del bosque, contrajo una gástrica, á lo que parece, y murió en San Andrés, sin llegar á ver á su hijo en

Providencia. Creció Carlos, y ya hombrecito fué á Nueva York y otras ciudades donde trabajó para vivir, fijándose en que había muchos malos que no obraban bien. Eso y el frío y los trabajos horribles en los ciclones, le hicieron raciocinar que con lo que había aprendido podía ser más feliz en su tierra. Vino á tiempo en que el anciano Cacique de Narganá estaba para morir. Al verlo tan juicioso y civilizado se prendaron todos los indios de él, y unánimemente le regalaron un barco ó cayuco. Luego lo casaron, sería de unos 28 años, y aunque él repugnaba á los estilos salvajes, como no había otros estilos en su tierra, hubo de pasar por ello, anhelando el Catolicismo, del cual había oído que era mejor que lo que él había aprendido, pero no conocía. De ahí su deseo de avistarse con un Padre católico.

Dios no falta á los tales, como enseña Santo Tomás, y aun dice les dará un Angel que les instruya, si es necesario, ó un misionero. Por él vine á estas tierras.

A eso de los dos años se cercioró que no podría hacer buena compañía con la mujer que le habían dado á la usanza del país, como desde el principio ya pensó, por tener ella y los suyos hábitos del todo salvajes y él de persona educada. La dejó, pues; pero á poco le vino remordimiento, porque había leído en la biblia que los casados no se pueden separar; y volvió, en fuerza de la razón, á tomar á la misma, de la cual tenía un hijo. Le penaba haber dado aquel mal paso, y atribuye á él la muerte del hijito, que dice era muy hermoso, y parecía que había de ser muy inteligente.

A todo eso murió el Cacique viejo. Se reunieron para elegir nuevo aun de las islas vecinas. Aunque siempre suelen elegir á viejos, conservadores de las tradiciones, y á los más bárbaros, atrevidos y habladores que se sobreponen, todos ahora pusieron los ojos en el joven Carlos, porque decían es más inteligente que todos nosotros, y en estas circunstancias en que parece que los blancos de Colombia, Panamá y yankis, se quieren apoderar de este nuestro territorio, él podrá con su saber dirigirnos y defendernos. Eran los tiempos de la guerra entre liberales y católicos, de la cual salió la Independencia de Panamá, triunfando así parcialmente el Liberalismo, ayudado por los yankis. Carlos no quiso aceptar. Le rogaron todos. El se negó varias veces rotundamente, aun oídas todas las razones de salvajes y las más ó menos racionales que le presentaban. Al fin dijeron: «Vamos á ver, ¿por qué te niegas? dínoslo para saber.—Pues sencillo: vuestro criterio es salvaje, y yo ya no puedo obrar así; al revés, mi criterio es civilizado, y es imposible que os sujetéis á mi modo de ver, y por eso estaremos en continua pugna. Más vale, pues, elijáis uno de vuestro criterio, para que os rija á vuestro modo.» Razón tan superior los aferró más en su elección, no por la razón, á lo que creo, sino porque los dirigía Dios. Tanto le apuraron, que al fin Carlos dijo: «Sólo aceptaré, si vosotros os comprometéis todos á dejarnos regir por mi juicio, aun contra vuestros prejuicios y costumbres.—Sí, sí. Lo que tú digas eso haremos, porque vemos que tú has de salvar la nación.» Admitió, pues, y se hizo gran fiesta de comida y bebida y algazara el día de la proclamación del nuevo Cacique que, á lo que parece, fué el 15 de Agosto de 1905.

Pasado el regocijo hubo gran asamblea de todos los



Caciques y prohombres de aquesta gentilidad, para ver qué partido tomarían para defenderse de la irrupción de los *huacas* ó extranjeros, con motivo de la guerra que apunté. Cada bárbaro echó su barbaridad, ó razón á su modo, sobre el modo de defenderse ó atacar á los *huacas*. Finalmente uno, más bárbaro que los demás, dijo: «Está sabido que si acá vienen los *huacas*, no es por otra cosa que por robarnos las mujeres especial y primeramente. Pues bien, apenas entren, lo primero que hemos de hacer es matar á todas las muchachas y mujeres, y asunto concluido: ya no pudiendo mezclarlos su sangre, ellos mismos se irán.—¡Muy bien! ¡muy bien!» gritó la asamblea, como si el orador hubiera dado en el punto. ¡Termómetro esto de la cultura de estas gentes! Entonces Carlos tomó la palabra, y dijo: «Pues á mí me parece mal cuanto en general se ha dicho, y sobre todo lo último, muy mal. Porque, ¿qué culpa tienen nuestras mujeres é hijas para que las matemos? ¿Acaso no son nuestra carne y sangre? ¿Y cómo se conservará nuestra raza, si las matamos?—Tiene razón Carlos, dijeron.—Aquí, prosiguió el orador, lo que hemos de hacer es aprender nosotros la táctica de los *huacas*, para resistir con su mismo método.—¡Muy bien!—Y como ya somos viejos y no podemos coger sus costumbres, lo que debemos hacer es mandar muchachos á sus ciudades para que aprendan como ellos y así seamos un pueblo que nos hagamos respetar.—¡Muy bien!—Pues manos á la obra. Yo me iré á Panamá á tantear eso: hay que llevar unos 15 muchachos.» Vino á Panamá, y para tantear el grado de bondad del Presidente (ese es el modo de catar la bondad para el karibe) se presentó explicando quién él era y cómo había aprendido el inglés en que hablaba y escribía, y que él había venido á hacer unas compritas, pues tenía una pequeña abarrotería en su pueblo, el primero que tal hizo entre los indios, y que le faltaba dinero para completar sus compras. Que desearía le prestase unos 20 pesos, que él los devolvería á la vuelta. Como le vió tan racional el Presidente, vió abierta la puerta de los indios, que hasta la fecha se habían cerrado á cal y canto, y así, como el Presidente me contó después, le dió los 20 pesos, no á título de deuda, me decía, pues pensé que no los devolvería, sino de donación forzosa, á trueque de pedirle que me trajese unos 20 muchachos para instruirlos. Toparon los dos en la misma idea. Pero Carlos dijo: «Veinte muchachos no podrán ser; mas 15 sí te los traeré.—No los traerás.—Sí los traeré, que yo lo que digo hago.» Fuése Carlos, contó lo ocurrido, y cuando ya el Presidente se había olvidado, he aquí que Carlos viene, con admiración del Presidente, á devolver sus 20 pesos y traer 17 muchachos. Debíó ser eso por Septiembre de 1906.

La cosa pasó así. En la dicha asamblea se buscaban medios materiales para defenderse contra los *huacas*, esto es, fusiles, cañones, etc., y ahora venía Carlos con sus 17 niños al Presidente, que no pensaba en fusiles, sino en escuelas. En el camino se topa con un tal Narciso Navas, que sabe muy bien el idioma karibe, y le dice Carlos, no perdiendo la suspicacia de indio: «¿Qué te parece, llevo al Presidente estos muchachos para que aprendan?» Narciso dice: «¿Qué les va á enseñar el Presidente? es mejor llevarlos al señor Obis-

po.» Este pensando que venían á aprender Religión, los que ni en Religión, ni en letras habían pensado, sino en armas y estrategias, dió gracias á Dios que abría las puertas de la gentilidad. Pero ¿qué haremos con estas criaturas, sin entendernos ni entenderlas? De consuno el señor Obispo con el señor Presidente, los llevaron á los Hermanos Cristianos, pagándoles el Gobierno su beca, como especie de colegiales internos. ¡Cómo Dios escribe recto con falsilla torcida! ¡La elección de Carlos, la irrupción extranjera, la venida de los muchachos, camino de Dios!

Estaba inquietísimo el señor Obispo buscando misioneros, no sólo por su celo, sino por temor de perder tan buena coyuntura, á lo que se añadía que los enemigos del clero, que de todo se agarran, atacaban al señor Obispo, recién creado, porque no mandaba allá sacerdotes que el pobre señor no tenía. Cuando á los dos meses, es decir, á principios de Diciembre de 1906 llegué de Méjico, de paso para mi antigua Misión del Marañón, que se pensaba reanudar; y en vez de irme de la estación de Panamá á la Boca, me sentí como forzado á pernoctar en Panamá, dejando á dos Religiosos de diferentes Ordenes que me hacían fuerza á que me fuera con ellos á pernoctar en la Boca del Canal, para á otro día salir camino de Guayaquil, ya que yo también debía salir de Panamá en el mismo buque. Si eso hubiera hecho, se hubiera frustrado la ocasión. En la estación tomé un carruaje y dije me llevara, era obscuro, á San Francisco, donde yo no sabía. Me apeó el cochero alegando que estaba lejos. Esperé, lloviendo á mares, media hora otro coche. Vino y le dije, por temer idéntica réplica, me llevara al Palacio del señor Obispo. Llegué á tiempo que él salía de la capilla de encomendar el punto á sus indios antes de irse á acostar. Por todo saludo me dijo: «Dios lo trae,» contándome algo de lo dicho, que lo más lo he sabido de los indios por entregas. *Ecce Domine mitte me*. «Pero es el caso que yo voy destinado al Perú ó Ecuador.—Lo arreglaremos con los superiores, si V. no tiene dificultad.» A otro día se habló con el superior de aquí, y á los demás se escribió y todos se convinieron, y aquí estoy después de haberme presentado el señor Obispo al señor Presidente, que se empeñó en mi permanencia.

Falta sólo una obligación de justicia, entendidas ya las alusiones de las cartas arriba dichas, y el por qué me las dieron para ese Cacique, aunque no sabíamos fijamente dónde estaba Narganá, y por eso erramos yendo primero á Enrique.

La obligación es testificar que Dios Nuestro Señor, en agradecimiento sin duda de la gran obra de la evangelización de estos indios, á que poderosamente contribuyó el Dr. Manuel Amador Guerrero, mientras fué Presidente de la República, Dios lo purificó con dolorosa y larga enfermedad que le hizo pensar en su salvación, y así se confesó varias veces durante ella y comulgó y murió como verdadero cristiano. Dichoso el que ayuda á la salvación de las almas, porque salvará la suya; desgraciado del gobernante que le roba almas á Dios, porque será desgraciado.

Volviendo á Carlos, oído mi resumen de doctrina que dije, mostró entender muy bien lo de la otra vida, y lo de mi embajada de Cristo y del Papa, y mostró creerlo



todo. Luego empezó él á hablar, perorando á los muchos presentes que se iban aumentando, «que todas las naciones europeas y americanas (las iba él nombrando con pronunciación inglesa), tenían cada una un Padre, aunque hubiera de otras sectas, y que ¿por qué sólo los indios habían de estar sin Padres? Yo entendí mal toda esa explicación, y pensando que él decía que en cada una de esas regiones había de todos los cultos, y por qué entre los indios había de haber uno sólo, esto es, el gentilico, y que él se alegraba que ahora viniera yo y ojalá vinieran otros, v. g., protestantes, judíos, etc., quise rectificar eso diciendo la obligación de la unidad en la verdadera Religión, que era la mía. Entonces él con moderación y prudencia dijo: «No digo eso, Padre, sino que yo sé que el católico es sólo el bueno, y por eso me alegro que hayas venido, como que en todas las naciones hay católicos, y sólo aquí no había católicos.»

Díjale si proponiéndoles todo lo de la Religión despacio y viendo ser racional el hacerse cristianos, ¿sí se harían? Dijo que no me podía contestar, porque ellos todo lo trataban en asambleas, y que á la noche habría gran reunión, aun de la otra isla, donde no me habían recibido, y allí dirían. Convine, y desde luego recibí el hospedaje de Carlos. Señálome el mejor rincón de la casa, sin cuartos, única que vi de tablas, toda acuchillada y techo de paja, que era donde él tenía su tiendecita y dormía, pues su familia dormía en el inmenso chozón que junto había. Cada familia, de 20 y aun 40 almas, vive en un solo chozón enorme, como á su tiempo diré. Quedéme, pues, solo entre los gentiles, despidiéndose con pena los negros, por lo que me pudiera suceder, y siguieron ellos hacia Cabo Tiburón, debiendo regresar pasados unos días.

Era una romería de chicos y grandes á verme como cosa rara. Luego me empezaron á tocar con la punta de los dedos y huían. Pensaba yo en el *palpate et vide*. Me sonreía yo, y decían: «¡Mira, y no tiene miedo!» Saqué unos dulces, y empecé á comer para que no sospechasen, y me los recibieron y empecé á darles á los más atreviditos. Ya luego me pedían otros, y se me pegaron algunos niños mucho.

Luego tendí mi catrecito y me acosté, molido como estaba, para mostrarles confianza: y fué así que se me fueron acercando. A todo eso Carlos no cabía de verme en su casa, y deseando que todos vinieran á oírme y verme, decía que yo era bueno, hijo de Dios, y ¡oh milagro! el primer sermón que allí echó para abrir paso al Evangelio fué ¿quién lo dijera? sobre la castidad; pues ese es el punto, como vimos en lo de Enrique y en lo de la asamblea, y yo no sabía que eso era lo principal. Por eso Dios le inspiró á Carlos lo que ni yo podía saber ni explicar. En efecto, de eso yo no sabía hablar en karibe, y por eso no le entendía en todo. Reunió, pues, Carlos á las vecinas, y empezó á decirles, quién sabe, porque yo sólo lo deduzco por los gestos que él en un niño hacía, y en la admiración que mostraban las mujeres mirando al orador y mirándose á mí, que procuré siempre rostro afable desde que salté á tierra. Parece que les decía que el Padre no era hombre como los demás, y así no habían ellas de temer,

antes me tuviesen confianza. Que el Padre sólo pensaba en Dios, y por eso vieses cuánto ya les había hablado y les hablaría de Dios. Total, que debido á eso y á que Dios quiso no me tuviesen por hombre, sino como un ente original, ni hombre ni mujer, sino hasta más de dos años después, en que los *huacas* les aclararon el punto, pude entrar desde luego á ese campo á donde hasta la fecha no ha entrado otro, porque no dejan que nadie viva entre ellos por celar sus mujeres é independencia.

A hora competente puso la mesa Carlos, tendió un mantelito, puso dos platos y dos vasos. Vino un indio ganimedes con dos platos, uno de arroz y otro de carne, y con muy buena educación limpió sus desnudos pies en la grada de la casa para no introducir arena, era mi cocinero, como hasta hoy le llaman así por el oficio que entonces ejerció; había aprendido en los barcos veleros donde había navegado. A los pocos días le llamé Primitivo, por ser el primer indio que tras Carlos me ayudó. Salió la gente á la puerta dejándonos solos. «Padre, dijo Carlos, vamos á cenar.» Me puse á rezar, y quedaron todos altamente admirados desde la puerta. Díjeles cómo los buenos cristianos hablan ó rezan con Dios antes y después de comer, pues Dios da la comida que El hace. Tomaron desde entonces tan á la letra esto, siguiéndoles con la misma idea, visto el buen efecto que les hizo, que aun para comer un dulce rezan hoy antes de tomarlo.

Acabada la cena y un rato de solaz fuimos al chozón de Carlos, á la gran reunión.

### III

Primera sesión cristiana en Narganá.—Anúnciase públicamente á Cristo.—Primera Misa en Narganá.—Semana Santa en Narganá.—Alzase la primera cruz y pónese en la ribera por donde entré al pueblo.—Empiézase la enseñanza de la Doctrina.

Había en el chozón como 100 indios sin contar muchachos ni mujeres. Me pusieron un tronco á modo de silla que ellos hacen, para sentarme. Puse á mi derecha á Carlos y á mi izquierda otro indio que parecía de autoridad, y los demás se acomodaron en hamacas y escaños por delante y detrás de nosotros, pues el orador es costumbre entre ellos que esté rodeado del auditorio.

Leí la carta del señor Obispo, probando así mi credencial, y cómo esa mi autoridad venía del Padre Eterno á Cristo, San Pedro y demás Papas hasta á Pío X y al señor Obispo que me mandaba. Mostraron gustarles mucho ese relato y procedencia del Papa. En efecto, me contó el señor Obispo que alguna vez le había ido á Palacio algún indio preguntando por el Papa. Les hace mucha fuerza la autoridad de Roma. Quizá esa idea les dure desde el santo P. Balburger, último misionero que por estas tierras hubo el año 1740, según la Historia del P. Velasco.

P. LEONARDO GASSÓ, S. J.

(Continuará).





MOGOLIA.—VISTA PANORÁMICA DE LA RESIDENCIA EPISCOPAL DE SONG CHOU-TSOEI-TZE.— Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Kervyn. (Pág. 209)

## LAS GRANDES RELIGIONES DE LA INDIA AL LADO DEL CATOLICISMO

### V

VARUNA.—OURANOS GRIEGO; MITRA, SU FORTUNA EN EL IMPERIO ROMANO; DESAPARECE EN LOS VEDAS.— CARÁCTER MORAL DE VARUNA; ORDEN MORAL; LEY MORAL



Los constantes admiradores y devotos de la evolución no pueden concebir que la inteligencia aria remontase tan alto sus vuelos que descubriese en sus devas, cualidad tan elevada como la de la infinitud. Según ellos, la humanidad ha debido irse elevando muy paulatinamente de las limitadas esferas del mundo sensible. Estos principios constituyen la razón apriorística que les conduce á negar la antigüedad que hemos atribuido á Aditi. Mas no cabe duda que es más lógico y racional investigar lo que de hecho es tal idea, que imaginar lo que ha debido ser. Tan diligente investigador de los Vedas como el frecuentemente aducido Max Müller, aboga por la antigüedad de Aditi, rebatiendo á su vez los argumentos de los adversarios. «Lejos, afirma, de ser invención moderna, hemos encontra-

do que Aditi existía antes que en la India se pronunciase una palabra de sanscrito, ó una de griego en la Grecia; que ella es de hecho una de las más antiguas deidades del panteón ario.» La existencia de los Aditios, los cuales se mencionan frecuentemente en los vedas como hijos de Aditi, ha contribuido á atribuir á Aditi carácter marcadamente femenino. Ella es madre con poderosos, terribles y reales hijos. Estos ascienden al número de siete ó de ocho. Comparando estos aditijas, ó hijos de Aditi, con los Ameshaspeutas del Zend-Avesta, podemos conjeturar que ellos eran especie de genios, quienes, cual espíritus y seres de luz, estaban, cual ángeles, haciendo la corte al Ser Supremo, al Dios de luz por excelencia.

Entre los hijos de Aditi los más principales son Mitra y Varuna. El primero representa la luz durante el día, y el segundo durante la noche. El primero conservó durante corto período de tiempo su personalidad en los Vedas, siendo suplantado por Agui. En la Persia,



sin embargo, llega á la cumbre del poder y destrona á su rival Ahura-Mazda. Sus fiestas se celebran con pompa peculiar en el solsticio de invierno. Su fortuna fué tal que estuvo en vísperas de conquistar todo el Occidente. «El mundo, escribe Dufourey, estaba á punto de tornarse mitrático.» Sucedió esto á fines del siglo segundo y principios del tercero de la era cristiana. El advenimiento de los Severos prometía completar el éxito. Su esposa, hermana y demás comitiva regia, originarios del Oriente, debían ejercer poderosa influencia sobre el emperador. Mas un Dios más grande, el único verdadero, derrumbó los altares de Mitra y quedóse con su culto y adoración. Jesús era el verdadero Dios, el único digno de los homenajes debidos al Ser Supremo, y de El fué el triunfo. El emperador Aureliano proclama en Roma la religión del *Sol Invictus*, le constituye en el punto más elevado de la jerarquía divina, y le invoca como protector especial del imperio y de los emperadores: ¡Tanta necesidad sentía la Roma pagana de luz que disipase las densas tinieblas de las aberraciones de sus filósofos y de calor que vivificase sus miembros carcomidos por la disolución y el libertinaje! La raza indo-europea repite lo que sus antepasados comenzaron en las llanuras del Asia Menor. La diferencia es insignificante. Los primitivos arios le llamaban Deva; en el siglo de los Severos le designaban bajo el nombre de Mitra. En aquéllos las ideas y concepciones son puras, características de la raza; en éstos hállanse mezcladas con diversos elementos que el movimiento sincretista, propio de aquellos tiempos, ha aportado. Los griegos, semitas y egipcios han contribuido á la reconstitución del nuevo dios, *Sol Invictus*.

Hemos trazado en breve cuadro la historia íntegra de Mitra, desde sus comienzos hasta su destronamiento en el Occidente cristiano. Decimos en el Occidente, porque en el Oriente, en Persia, aún cuenta con numerosos adoradores y devotos. Ahora volvamos nuestros ojos hacia su hermano Varuna. Esta es deidad netamente india. En el Rig-Veda se le dedican muchos himnos en los cuales el poeta se ingenia en caracterizarla. Examinemos brevemente su personalidad.

Varuna derivase de la raíz *var*, cubrir, abrazar, y es idéntico al griego *ouranos* (ouranos). Esta es la común explicación y significado de Varuna, de la cual se aparta el orientalista alemán Ludwig, quien atribuye á la dicha raíz el significado *querer*. Las funciones de este número son muy elevadas; «ha establecido el sol, como un árbol; en otras partes el sol es su ojo con que observa todo cuanto acontece en el mundo subllunar, y ha trazado un camino para él, señalándole las leyes y el orden que debe seguir» (1). El posee miles de remedios para

curar las enfermedades; á su sublime trono ni los pájaros pueden remontar su vuelo, ni el viento á las rápidas aguas elevarse. La luna y las estrellas siguen el curso que él les ha trazado, él concede larga vida y libra de daño, de mal y pecado. «El Rey Varuna, canta uno de los más importantes himnos, ve como si él estuviese próximo. Si un hombre se detiene, ó pasea ó se oculta, si él va á acostarse ó levantarse, si dos hombres, sentados uno al lado del otro, murmuran algunas palabras á sus oídos, el Rey Varuna lo conoce todo, él está allí presente como un tercero. Si alguno desea huir de la presencia de Varuna, aunque vuele más allá del firmamento, no podrá libertarse de él. Con mil ojos observa todo cuanto acontece en el mundo. El tiene contados todos los pestaños de los ojos de los hombres.» De estos oficios ó caracteres físicos atribuidos á Varuna, procede su personalidad moral. De idéntico modo que él regula los movimientos de los cuerpos siderales, ordena también las acciones de los hombres: él es quien ha instituido el orden físico y él es el guardián y protector del moral. Las palabras citadas del himno VII del Rig-Veda, nos traen á la memoria estas palabras del salmo 138, 2: «Leéis mi pensamiento aún antes que lo forme: conocéis los caminos y los medios precisos para el logro de mis deseos. Penetráis todas mis intenciones antes que salga de mi boca una palabra para descubrirlas;» y las del versículo 9: «Aún cuando yo tuviese alas, y levantando el vuelo muy de mañana me fuese á habitar en lo más remoto de los mares, sería vuestra mano la que allí me condujese, sin que pudiera desasirme de ella.»

Sin extendernos más á describir la personalidad del Varuna, una consecuencia podemos deducir apoyados ya en los himnos transcritos, ya en autoridades respetables, intérpretes del Veda. La consecuencia es que los antiguos arios poseían el verdadero concepto de la ley moral. Las palabras copiadas en nuestro párrafo anterior del Dr. Schauz pudieran ser reproducidas en este lugar. La conciencia del hombre en posesión de la idea de la ley moral infundida en la revelación primitiva, sobreexcitada por el regular movimiento de los astros, encontró en su curso una forma de sensibilizar sus internas persuasiones y creencias. ¿Y qué forma más apta para este objeto que el curso, la ley, que el sol sigue indefectiblemente á diario?

Con éste ponemos remate al breve bosquejo de los dioses superiores ó celestes, los más antiguos, á no dudarlo, en el período védico. Al trazarlo hemos encontrado los dos polos, las dos ideas esenciales de religión: la infinidad del Dios y el concepto de orden y ley moral. Y esto prueba que el hombre siempre ha sido religioso. Nos permitimos llamar de nuevo la atención sobre el hecho, indiscutiblemente cierto, de que la raza aria representa una de las fases más antiguas de la Religión. Y á medida que avanzamos en el estudio de los Vedas y sus intérpretes, se arraiga nuestra convicción de que ellos destruyen completamente las teorías evolucionistas.

FR. BRUNO, O. C. D.

(1) La palabra que en el texto sanscrito se usa para expresar este camino ó orden establecido por Varuna es Rita. No queremos privar á nuestros ilustrados lectores de las sabias observaciones que sobre el particular hace Müller. Comúnmente se afirma que entre los pueblos primitivos, no existía ni la simple noción de ley. Nada más falso que esta aserción. La existencia es atestiguada irrefragablemente por los Vedas-Rita, es un participio derivado de la raíz *ri*, cuyo significado es ya fijar, ya el camino ó ruta seguida en alguna carrera. En íntima relación con esta palabra parece estar el latino *ordo*; más próximamente relacionada con la misma sanscrita raíz parece estar el latino *ratius*, principalmente considerando que esta palabra fué usada en la antigua

latinidad para expresar el movimiento concertado de los astros. Así Cicerón (Tasc. v. 24, 69) habla del «*motus stellarum constantis et rati*,» y en otra parte (n. D. II, 20, 5) habla también el orador romano de «*astrorum rati immutabilesque cursus*.»



## MOGOLIA PINTORESCA

## LA MONTAÑA. — LA SELVA IMPERIAL. — EL LLANO

POR EL R. P. LUIS KERVYN

DEL SEMINARIO DE SCHEUT-LEZ-BRUXELLES, MISIONERO EN NUESTRA SEÑORA DE LOS PINOS (MOGOLIA ORIENTAL)

(Continuación)

## Administración eclesiástica



DESDE el punto de vista religioso la administración de la Mogolia Oriental está confiada á los misioneros de la Congregación del Inmaculado Corazón de María de Scheut-lez Bruxelles. En 1884 este Vicariato fué separado de los Vicariatos apostólicos de la Mogolia Central y de la Mogolia Occidental, igualmente confiados á dicha Congregación.

Mucho le costó á la Propagación de la Fe avanzar en esta parte de Mogolia por la indiferencia religiosa y la indolencia natural de su población china. Fué necesaria la persecución de 1900 con todos sus horrores para sacudir aquel letargo, tan fatal para esa pobre humanidad pagana como desolador para los apóstoles del Evangelio. Sin afirmar con Tertuliano que «la sangre de nuestros mártires haya sido semilla de cristianos,» estamos, sin embargo, persuadidos de que el infierno no podía imaginar medio más eficaz para contribuir en estos parajes á la obra de Cristo.

Basta, en efecto, una mirada sobre el estado del Vicariato en el tiempo presente para comprobar, por una parte, los magníficos progresos realizados en el apostolado, y, por otra, la legitimidad de nuestras esperanzas y la multitud de nuestras necesidades.

En 1900 el número de cristianos era de 9,000 disminuidos en diez residencias de misioneros. Las adhesiones eran raras, los catecúmenos vejetaban ó estaban desiertos. Pero he aquí que nace una era nueva: este estado de languidez tan humillante para nuestra santa fe, truécase súbitamente en una especie de rejuvenecimiento de nuestras viejas estaciones cristianas y en un despertar inesperado de las poblaciones paganas.

Y de tal manera ha cundido este movimiento de conversión, que en 1909 contábamos ya 19,000 cristianos, 6,000 catecúmenos y 20 residencias. El número de sacerdotes se ha doblado.

Misiones hay que han visto decuplar el número de sus fieles bautizados, con lo cual la administración se ha hecho más difícil, por la circunstancia de hallarse aquéllos diseminados por todas partes. Y hay residencias, por ejemplo, que se ven precisadas á prestar sus cuidados particulares á más de cien lugares distintos habitados por cristianos bautizados.

Esta dispersión de los fieles es sin duda un mal, puesto que la agrupación de los elementos convertidos sería más favorable al desarrollo de su fe; pero es una prueba palpable del despertar de todas las clases de la

sociedad pagana y del cambio de dirección operado en las ideas y actitud de los infieles frente de la Iglesia.

La residencia episcopal de la Mogolia Oriental, establecida en Song-chou-tsoei-tzé, resume en sí misma todos los progresos realizados en estos últimos tiempos (*véase el grabado*). Las obras de toda naturaleza que abriga son como otros tantos resortes poderosos que dirigen de una manera eficaz la evangelización de este país: escuelas catequísticas y literarias para los niños del pueblo y de los alrededores, establecimiento de la Santa Infancia, instituto para vírgenes auxiliaadoras, catecúmenos para hombres y para mujeres, colegio superior y Seminario para la formación de colaboradores indígenas. En vista de la infatuación general de los chinos por la instrucción moderna, no se ha reparado en gastos ni omitido cosa alguna á fin de poner estos dos últimos establecimientos á la altura de las Universidades del Gobierno, y se ha procurado proveerlos de profesores capaces de asegurar á los ojos de los paganos el prestigio de la Iglesia católica, con objeto de ganar por este medio los espíritus y los corazones para los intereses religiosos.

Pero ¡ah! en este cuadro hay un puntito obscuro que dista mucho de armonizar con el conjunto general. Formar, enviar y mantener en los centros infieles predicadores celosos, fundar oratorios rurales á fin de que los cristianos puedan orar en común y oír, los domingos y días festivos, el santo sacrificio de la Misa, instruir á la infancia y á la juventud en las escuelas residenciales, adquirir terrenos para tener reunidas las nuevas familias, convertidas, desgraciadamente rodeadas de paganos, edificar en estos centros un apeadero para cuando el misionero en ellos se halle de paso: todo este plan de propaganda y de afirmación de la fe de nuestros neófitos, trae consigo gastos considerables que el misionero se ve obligado á inscribir en el pasivo de sus hermanos de Europa. El apóstol vive de la caridad de los fieles de Occidente, puesto que la medida de sus liberalidades es la medida de sus progresos en las obras del apostolado, y esta idea es un verdadero aliciente para su pobre corazón, asaltado de continuo por toda suerte de angustias y pesares: como afirma la Sagrada Escritura, la caridad cristiana es para el misionero, después de Dios: *in præcinctu suffragium, in via solatium, in æstu umbraculum, in pluvia et frigore tegumentum, in lassitudine vehiculum, in adversitate presidium*.

¡Tened, pues, compasión de nuestras obras y ayudadlas en la medida de vuestras fuerzas!



### Visitas apostólicas

El ministerio apostólico es muy penoso en estas comarcas montañosas de Mogolia á consecuencia de la dispersión de nuestras ovejas y de las enormes distancias que el misionero se ve obligado á recorrer para el cumplimiento de su deber, ora bajo los fríos del invierno, ora bajo los ardores de un sol abrasador, y siempre por caminos casi impracticables.

Para comprender mejor esas dificultades pongámonos en camino en compañía de un misionero. No iremos en carruaje. Haremos caso omiso de la famosa calea china de la que, con razón ó sin ella, tanto mal han dicho los europeos. Por otra parte, es el único vehículo que pueda franquear este caos de rocas que constituye la Mogolia Oriental, carro grosero con ruedas chapadas en hierro, cuya caja descansa sobre el eje, y el cual constituye uno de los peores instrumentos de tortura que existen en el mundo. Quien haya viajado en calea, no titubeará en preferir á ella la litera de dos mulas y aun el mismo palafrén mogol, indócil, salvaje, pero infatigable. Si, por medida de economía, no quiere usarse el palanquín, se impone entonces el caballo, y la compra de una montura es de todo punto indispensable á todo viajero deseoso de recorrer las grandes carreteras de Mogolia. ¿Quién sabe si, á pesar de las ventajas de una locomoción más rápida y menos azarosa, el viaje no habrá perdido mucho de su interés cuando se haya introducido en el país el *tram-way* y el *rail-way*?

Todo está dispuesto para el viaje; todo á punto para la partida. Dos caballos ensillados aguardan tranquilamente á sus jinetes: uno es para el misionero y el otro para su criado. El camino es largo y las posadas son de lo más miserable. Hay que proveerse, pues, de lo más necesario. La cama es una de las grandes preocupaciones del viajero, pues el hostelero chino no tiene, en Mogolia, ni sábanas, ni colchones. La cama de viaje se compone de una pieza de filtro flexible, de una piel acolchada, de una manta de algodón y de un vasto *plaid*, todo doblado en buen orden y metido en un saco de viaje de un metro de largo por 80 centímetros de ancho, el cual se sujeta á la silla. Y sobre este colchón se sienta el viajero, feliz de preservarse así de los molestos vaivenes de la cabalgadura.

Un saco de provisiones contiene algunos libros, utensilios de tocador, un cubierto, una pipa china con su provisión de tabaco, algunas hojas de té, un poco de café en polvo y algunas prendas de ropa interior. Si el misionero viaja para la visita de sus cristianos, se provee además de un saco de tupida tela que contiene todo lo necesario para la celebración de la Santa Misa, desde el ara hasta el cáliz.

Todos estos artículos son de primera necesidad: inútil embarazarse con cosas molestas y costosas que fatigarían sin necesidad gentes y animales y no regresarían indemnes de un viaje sembrado de vicisitudes diversas: tropiezos y caídas, lluvia y chaparrones, tribulaciones imprevistas y obstáculos de todas clases.

Un viajero europeo que se arriesgue en estos parajes es más exigente: necesita á lo menos dos criados y va-

rias bestias de silla y de carga, esto si no quiere hacer el viaje en carruaje chino.

Uno de estos dos criados hace los oficios de ayuda de cámara, intérprete, cocinero y cajero: el otro se encarga de los animales: durante el día cuida de los equipajes y por la noche da el pienso á las bestias, las abreva y las ensilla para la partida. En cuanto á los artículos de viaje de un turista en Mogolia, forman una colección ecléctica de todas las cosas necesarias para el vestido y la comida: batería de cocina con sartén de mango plegable, platos de hierro esmaltado, *sancovar*, lámpara de alcohol, conservas, extractos Liebig, leche condensada, calabazas y botellas, trajes de viaje y de ceremonia, sencillos, dobles y acolchados, cama plegable, hamaca y mosquitero, armas y municiones, botiquín con sus ungüentos y emplastos, laxantes y adstringentes, y toda suerte de drogas y píldoras, para quitar la fiebre, combatir el resfriado ó la diarrea y curar las contusiones y otros huéspedes por el estilo con que se tropieza en el camino.

El misionero es demasiado celoso de su libertad y también de la pobreza de su bolsa para permitirse este lujo de *confort*: fácilmente prescinde, pues, de todo esto, y, acostumbrado á su vida de privaciones, ni siquiera lo echa de menos.

Después, de haberse encomendado á Dios y á su Ángel custodio emprende la marcha.

Al principio el paso es lento, mesurado; luego se irá acelerando por momentos, pero sin exceder nunca del trote; la naturaleza de los lugares y la distancia de las etapas no permiten galopes locos.

Tres particularidades hieren tristemente la vista del europeo que recorre la Mogolia oriental: la tala de los montes, la aridez de los valles y el estado de ruína de las vías de comunicación.

### I.—La tala de los montes

Hablemos, pues, primeramente de este hecho casi universal en este país tan singularmente montuoso: la tala de montes y colinas.

Cuando los mogolianos ocupaban toda la Mogolia oriental, el país ofrecía el aspecto encantador de un inmenso bosque que vestía montes y llanuras, coronando las cumbres de verdura y fecundando la tierra con las abundantes aguas de plateadas corrientes. Hoy, el chino, esencialmente agricultor, y enemigo, por consiguiente, de la naturaleza virgen, del bosque y de sus salvajes huéspedes, al convertirse en propietario del suelo, ha cambiado todo aquello, de manera que casi todas las montañas han sido taladas despiadadamente: la segur ha arrasado las alturas y el arado ha abierto al cultivo las faldas de los montes y los valles.

Algunos árboles frutales, el peral, el manzano, el melocotonero, el albaricoque, algunos sauces, olmos y álamos blancos compensan mal ese desmonte cruel, ese rasurado á la turca, esa desnudez general de la región, que sólo tiene raras excepciones locales insignificantes. No hay setos, malezas ni bosques dignos de este nombre, sino en aquellas partes en que el elemento mogoliano domina todavía, en aquella «tierra sagrada» alrededor de tal pagoda que se levanta en la falda de la



montaña ó en el fondo de un valle, alrededor de aquel cementerio familiar ó en el recinto de la granja de algún opulento colono.

Como fácilmente se comprenderá esta tala tan sin fuero ni medida ha aniquilado el país de una manera bárbara: desnudez de la montaña, que aparece en toda su nativa rudeza, empeoramiento del clima, sequedad de los ríos, interrumpidos por súbitas avenidas y grandes inundaciones después de la canícula. Los naturales tocan ahora las consecuencias de la tala, y, sin embargo, no pueden ó no quieren reconocer sus tuertos. ¿Cómo calentarse? Hay que recorrer á las hierbas, á los arbustos, á toda suerte de combustibles, supremos recursos de una naturaleza siempre espléndida.

Pero aquí hay que reconocer la mano de Dios. Por una parte, los calores y las lluvias verdaderamente tro-

picales del verano hacen que el sorgo alcance alturas inverosímiles. Los tallos de esta gramínea, cuyo grano entra por una buena parte en la alimentación de las personas lo mismo que en la de los animales, alcanzan el grueso de un dedo y desarrollos de 3 á 4 metros, abasteciendo de combustible para todo el año.

Por otra parte, como hemos dicho, el país es muy abundante en tesoros fósiles. Ricos yacimientos carboníferos son explotados casi por todas partes, y, á falta de árboles y arbustos, la hulla es excelente amigo del hombre en este vasto país donde huela la mitad del año. Desgraciadamente, estos tesoros subterráneos son arrancados de manera estúpida por empresarios avarientos que quieren ganar mucho en poco tiempo, y activan de este modo en el subsuelo el trabajo de destrucción realizado en la superficie del país.

(Continuará).

## LA PERSECUCIÓN DE LOS BOXERS

(Continuación)

**COMIENZA** ya la persecución, decía en mi anterior correspondencia. En efecto, los libelos, los pasquines y manifiestos no se limitan ya á decir «hay que asesinar á los europeos,» «hay que dar muerte á los cristianos,» «es necesario acabar de una vez para siempre con la odiada religión cristiana,» sino que se habla ya de manera categórica y terminante; el día 1, el 2, el 3, el 4,

el 5 es el señalado para el alevoso crimen. No era vivir el vivir de los cristianos durante aquellos días; atemorizados, no se atrevían á manifestarse en los mercados y vías públicas, pedían protección á los señores Obispos y sacerdotes; la angustia había invadido los hogares de nuestras familias. Cosa que es maravilla considerar cómo los Obispos permanecían al parecer inalte-



MOGOLIA.—CAMINO DE LA SELVA IMPERIAL.—Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Kervyn



rables, optimistas hasta el último momento, no pudiendo creer que todas aquellas amenazas de ruina y desolación pudieran cumplirse. El terrible Iu-sien odia de muerte á los ingleses y alemanes, decían, pero nada puede tener en contra de la religión cristiana y nada contra los misioneros de este Vicariato, considerados como franceses en virtud del protectorado que la República de Francia ejerce en el Oriente... El primer anuncio de tempestad llegó á noticia del Ilmo. Sr. Grassi por una carta de un sacerdote indígena, el cual le decía que los boxers habían intentado dar fuego y destruir una de sus iglesias, la de I-huo-tsuen, lo cual no lograron gracias á que los cristianos se opusieron resueltamente y á la eficaz ayuda que hubo de prestarle un digno subprefecto. Aquí se dió el caso de que habiendo sabido el Virrey la acción bienhechora de su subordinado, no sólo no la aprobó, sino que al contrario le destituyó inmediatamente, nombrando en lugar suyo otro mandarín que á los pocos días llenó de espanto á los cristianos entre los cuales hubo verdaderos mártires. El Ilmo. Sr. Grassi hallándose en edad avanzada y viendo el mal cariz que las cosas iban tomando, llamó á su lado á su coadjutor Ilmo. Sr. Fogolla, quien se encargara de proveer á posibles casos y al mismo tiempo se presentara personalmente al Gobernador pidiendo amparo y protección y pudiese escudriñar sus sentimientos, ya que los boxers se manifestaban cada vez más amenazadores dentro mismo de los muros de la capital, Tae-yuan-fu, y dispuestos, según corría la voz, á un serio ataque contra la Residencia.

#### 27 de Junio.—Primeras violencias é incendios

Al llegar el Ilmo. Sr. Fogolla á la Residencia se encontró con que en ella reinaba la más espantosa confusión; un Hermano lego, un cristiano mandarín militar llamado Ly-fu y varios cristianos se entregaban á febriles trabajos de defensa contra la inminente irrupción de los boxers. El Sr. Fogolla, enterado de todo, hizo cesar los trabajos, exclamando: *Non est custodienda Ecclesia more castrorum*. «Si Dios nos quiere mártires, resignémonos á su divina voluntad; El dará fuerzas y gracia á nuestras almas para morir victoriosos en defensa de nuestra santa fe; si insistís en estos preparativos, volveré inmediatamente por el camino mismo por el que he venido hasta aquí.»—¡Fortaleza digna de un Prelado y Pastor que da la vida por sus ovejas! El ilustrísimo Sr. Grassi, que anciano ya había DEJADO HACER, como suele decirse, aprobó el consejo de su digno coadjutor y ordenó cesaran los preparativos de defensa... El Virrey en este mismo día hace venir á su tribunal al jefe de los boxers, conviniendo con él secretamente acerca de muchas cosas conducentes á la ruina de los cristianos, ordenando á la fábrica de armas que diesen á dicho jefe boxer el petróleo, azufre y demás materias inflamables que pudiera necesitar.

Hoy, 27 de Junio, dice un diario de la persecución, los boxers sobresaltan de gozo, pues se anuncia una gran victoria obtenida en Pekín, T'ien-tsin y Ta-kou contra la fuerza europea; se habla de la invulnerabilidad de los chinos, el visible auxilio que los dioses prestan á los celestes (chinos) y, en fin, que innumerables europeos han sido muertos por las tropas del Im-

perio. Llegan este día ó se dice que llegan telegramas de Pekín en los que se dice que el Emperador no protege ya á los cristianos y misioneros... En una palabra, estamos en completa anarquía.

A las cuatro de la tarde de este mismo día y previas las ceremonias acostumbradas, el Ilmo. Sr. Fogolla se presentó en el tribunal del Virrey pidiendo audiencia, pero, cosa inusitada en China y prueba evidente de inminente tormenta, la audiencia le fué negada con vanos y fútiles pretextos. Cuenta un sacerdote superviviente, el P. José Kiao, indígena, que poco antes que el Ilmo. señor Coadjutor salió él de la Residencia, metiéndose entre la muchedumbre que se agolpaba cerca del tribunal, á fin de observar cuanto ocurriera con motivo de la visita del Obispo al Gobernador. Al llegar al tribunal el carro del Obispo, dice, al reconocerlo los boxers y demás canalla, comenzaron á gritar: «He ahí el europeo. ¡He ahí el jefe de los cristianos! ¡Matadlo!» Labios de sacerdote, añade, no pueden expresar la lluvia de maldiciones contra la Religión que en aquella ocasión hube de escuchar. Cuando ya el señor Obispo, en vista de la imposibilidad de hablar al Gobernador, se disponía á regresar á la Residencia, un cristiano empleado del tribunal reconoció al P. José Kiao, y llamándole aparte le dijo: «Las cosas van de mal en peor; el Gobernador está resuelto á matar á los Obispos y cristianos, avísales que se pongan en salvo.»

A eso de las ocho de la noche de este mismo día, después de la cena, conversaban los señores Obispos con los sacerdotes presentes en la Residencia, cuando observaron á cierta distancia una gran claridad y como llamas de fuego. Enviáronse algunos hombres que indagasen qué era aquello y en qué parte de la ciudad era el incendio; pocos momentos después se supo que la casa de los protestantes ardía. Inmediatamente el señor Obispo, temiendo que ocurriese lo mismo con la Residencia, dispuso que los sacerdotes se ocultaran en algunas casas particulares de cristianos, quedándose dos de ellos para prestar auxilio en caso necesario á la Comunidad de Franciscanas Misioneras de María y niñas de la Santa Infancia. Algunos sacerdotes aún pudieron salir fuera de la ciudad, no obstante encontrarse cerradas sus puertas. Uno de los fugitivos dice así acerca de esta huida: «Bajo un cielo cubierto de gruesas nubes, en medio de las tinieblas de la noche, con la escolta de algunos fieles cristianos salíamos de la Residencia, atravesamos silenciosos algunas calles de la ciudad y discurriamos á lo largo del solitario muro. A lo lejos se veían nubes de humo y de fuego, las que elevándose de la casa de los protestantes hacia el cielo, rompían la obscuridad de aquella memorable, lúgubre noche y la hacían mil veces más temible y cruel. Un débil movimiento de hoja, el más ligero soplar del viento, el rumor más leve de humanos pasos, nos hacía temblar pareciéndonos que á nuestra espalda venía una patrulla de paganos dispuestos á en un momento dar cuenta de nuestras vidas. Eramos cinco sacerdotes, uno de los cuales, el P. Domingo de Greccio, gravemente enfermo de tifus, 40 grados de calentura, daba compasión é hiciera mover á piedad al corazón más duro y empedernido. Trabajo nos costó y no pocos sudores y zozobra, pero con la ayuda de Dios y de la Santísima



Virgen pudimos descender del muro valiéndonos de cuerdas que llevábamos..."—Un sacerdote indígena, el benemérito P. José Kiao, que tan eficaces servicios prestaba á la Misión en tan críticas circunstancias, vestido en traje de hombre del pueblo salió de la residencia, previo permiso del señor Obispo, y fué al lugar del incendio á fin de que, incorporándose á la chusma de incendiarios, pudiese observar sus movimientos é intenciones.—En efecto, acurrucado entre la gente y fumando, al parecer tranquilo, su pipa, espiaba cuanto se decía y hacía. «Después de esto el T'ien-tsu-t'an, decía el populacho ebrio de satisfacción ante el voraz incendio de la casa de los protestantes. Después de esto la Igle-

sia católica..."—Dicho Padre esperaba se iniciase el más ligero movimiento hacia la Residencia para correr á anunciarlo, pero después de la media noche la canalla disminuía y... por aquella noche perdonaron la vida á los cristianos.—Se dice que durante el incendio el mismo Lu-sien desde un montículo de su tribunal observaba complaciente las llamas, exclamando repetidas veces: T'ien i- T'ien i. «El cielo lo quiere, el cielo lo quiere.»

FR. JOSÉ MARÍA IZUARRIZAGA, O. F. M.,  
*Misionero Apostólico.*

(Continuará).

## LOS MÁRTIRES DE UGANDA

RELACIÓN TOMADA DE LA HISTORIA DE LAS MISIONES DEL AFRICA CENTRAL  
POR UN PADRE DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

(Continuación)

### 8.—El ejército glorioso

**C**UANDO se desencadena la tormenta y despliega todo su poder, no queda otro recurso al hombre que ve aniquiladas sus esperanzas, sino ponerse en manos de Dios y pedirle que su poderoso brazo, que sostiene el mundo, ponga un freno á los elementos. Eso aconteció en Uganda. Parecía que Satán había recibido la facultad de lanzarse, talándola toda, sobre la florida mies de aquella naciente Iglesia. Terrible era el huracán que se había desatado, y ya algunos robustos pilares de la nueva casa de Dios habían venido á tierra. Es verdad que los misioneros con sus cristianos pedían al Señor que abreviase el tiempo de la tribulación, pero el fin de la prueba no había llegado todavía y los neófitos con sus apóstoles exclamaban: «Señor, no se haga nuestra voluntad, sino la tuya.»

Como los catecúmenos no tenían mejor asegurada la vida, que los que ya habían renacido puros y limpios en las aguas del bautismo, pedían cada vez con más insistencia y fervor la gracia del Sacramento.

En la choza del rey se dejaba oír un griterío salvaje; al tumulto de voces humanas se mezclaba el redoblar de los tambores. A lo largo de las paredes estaban de pie los pajes, temblando ante la mirada de su señor, sentado frente á ellos. Muanga había invitado á comer al primer ministro y á sus amigos, para celebrar con ellos espléndidamente su primera victoria contra los cristianos. El jefe no era ya dueño de sí, pues Katikiro, que quería explotar esta ocasión, había procurado que aquél bebiese más largamente que de costumbre el embriagador jugo de la pomba. Balanceándose fuertemente, se tenía con dificultad Muanga apoyado contra la pared, y agotado dejó caer la cabeza sobre el pecho. Este parecía el momento propicio para excitar su furor contra los cristianos. Precisamente uno de los niños estaba ocupado delante de su señor en retirar de la mesa

los restos del banquete, cuando el ministro dió un empujón al rey en el costado.

«Repugnante bicho, exclamó el rey, queriendo echar mano al que á su parecer le acometía; pero éste se ladeó hábilmente y preguntó admirado: ¿Qué es lo que pasa, señor?»

«Cómo, gritó furioso Muanga, ¿no me has dado tal golpe en el costado, que me ha hecho tambalear?»

«Dios me libre.»

«¡Embustero, hipócrita taimado!»

«Detente, señor.»

«¿No ves cómo tiembla el miserable? dijo Katikiro, y señalando al paje añadió: Si tus ojos no están ciegos, deben ver que atentan contra tu vida. ¡Confésalo, sapo miserable, tú eres cristiano!»

«Lo soy, replicó el niño, pero el golpe que me imputas..."

«Calla, tú has querido matar al soberano.»

«No. Tú has sido.»

«¡Calla, esclavo! Mira, Muanga, lo que pretendía; pues descaradamente falta á la verdad. Si no hubiera tenido mala intención, no tenía por que avergonzarse de decir la verdad. Mira, todos éstos son sus cómplices. ¿No es así, viboreznos?»

«Ninguno de nosotros quiere mal al rey.»

«Mira, señor, mienten todos, luego todos son culpables. ¿Lo crees ahora, Muanga?»

«Ciertamente, deben morir los traidores. Traed las espadas, Katikiro, descuarticémoslos, sí, hagámoslos pedazos.» Al pronunciar estas palabras, quitó á uno de los que tocaban el tambor, el mazo, y descargó tan furioso golpe sobre el que tenía al lado, que mal lo hubiera pasado, de no haber huído rápidamente el cuerpo.

«Mañana serán pasto de las llamas, eso es más hermoso, dijo riéndose Katikiro. Arderán como ofrenda á Msimu, para que el dios no diga que una ave de rapiña se ha sorbido el espíritu del rey.»



«¡Que ardan, que ardan!» dijo Muanga embriagado, y salió de la choza con Katikiro, no sin ordenar éste antes á los demás convidados y los guardas que tuviesen suma vigilancia sobre los niños, no fueran á acogerse á los blancos. Pero poco á poco fuéronse notando los efectos de la bebida: todos fueron cayendo en tierra dormidos por la embriaguez, tanto que los niños, favorecidos por la obscuridad, huyeron y se ocultaron hasta que cerró la noche. Cuando obscureció del todo, salieron de sus escondrijos, y como ciervos acosados corrieron, evitando todo estrépito, á la Misión. Conmovidos recibieron los Padres á los pajes, pero ellos no les dieron tiempo para muchas preguntas: «¡El bautismo! ¡el bautismo! gritaban todos, ahora mismo, ahora que vamos á morir.» Naturalmente los Padres no podían desatender estos anhelos, tanto más, cuanto que muchos de ellos eran hacía ya tiempo catecúmenos. Durante la noche completaron en lo posible su instrucción. Al romper el día, cuyo fin probablemente no habían de ver, recibieron los niños el Sacramento, que les daba derecho á la vida eterna y los ponía en el caso de perder la vida corporal.

Los niños, pues, eran ya cristianos. Hermoseaba sus almas la vestidura inmaculada de la inocencia y muy pronto iba á orlar su frente la corona de los mártires. La maldición de Cam se había apartado de estos hijos del Africa.

En la Misión y á pesar de los peligros que la amenazaban, reinaba esa santa paz que no pueden turbar las persecuciones. Muy distinto era lo que acontecía allá arriba en la residencia de Muanga. Katikiro en su perversidad azuzaba más y más cada vez el odio del rey contra los cristianos, pues quería explotar hábilmente los espantos de su embriagado señor. Cuando se creyó seguro de la victoria, dejó al monarca, para ir á gozarse en la agonía de sus víctimas. ¡Cuál no sería su espanto al ver á su vuelta en la choza solos á los centinelas dormidos! El furor le privó de la palabra unos instantes; después, rechinando los dientes como una fiera salvaje, se lanzó sobre el más próximo, lo agarró con sus brazos de hierro por los hombros y lo sacudió, cual si quisiera hacerlo pedazos. Despertó aterrorizado el pobre guarda y miró con espanto el descompuesto rostro del ministro. «Ea, ea, clamaba éste, mientras se le revolvían sus ojos en las órbitas. ¿Dónde están esas vibras?» Teniendo todavía al primero tan fuertemente sujeto, que le metía sus uñas en la carne, dió al segundo con el pie tan terrible golpe, que el desgraciado se encorvó, aullando de dolor.

«Voy á arrancar yo mismo con mis manos vuestra cabeza de los hombros, canallas, si no traéis de nuevo á los muchachos, para arrojarlos á las llamas.» Casi sin aliento por la ira, soltaba su presa, para volverse á lanzar de nuevo más fiero contra ella. En esto, abrióse de repente la puerta y tranquilos entraron todos los niños. No habían pensado en la fuga, sino en buscar fortaleza para la terrible lucha, en que tan gozosos entraban.

El momento en que volvieron los pajes fué verdaderamente crítico, pues no habían pasado todavía cinco minutos, cuando Muanga, descompuesto por la ira, penetró en la choza. Los alaridos de dolor de los guardas, que maltrataba Katikiro, habían turbado su reposo.

El furor del príncipe no tenía límites; su rostro estaba todo descompuesto y su voz era ronca. Cuando se dejó ver en la puerta la figura del rey, se echaron á temblar instintivamente los niños, que jamás habían visto en tal actitud á su señor; pero su espanto repentino no duró más que un instante. «¡Miserables esclavos, os voy á hacer pedazos y voy á arrojaros á los cocodrilos del Nyanza! ¿Quién se atreve á turbar mi reposo? Katikiro, que los descuarticen á todos y los arrojen al fuego... Hola, ¿qué haces tú, que no te mueves? ¿Dónde tienes la lengua? ¿te la tendré que arrancar yo y echártela á los pies?» Efectivamente, Katikiro hallábase todavía como sin conocimiento; su ancho pecho se elevaba y se hundía violentamente por la excitación interna y su respiración resonaba con siniestro estertor. De repente saltó de un brinco sobre uno de los guardas y exclamó: «Aquí, aquí, estos miserables han sido.»

«No, gritaron los soldados, los cristianos han sido;» y una voz de niño acusó al ministro: «Katikiro fué, Katikiro lo ha hecho.»

«Todos mienten, señor, repuso éste, hazles callar, yo te lo contaré todo.»

Entonces informó á su manera á Muanga de lo acontecido. Pero cuando dijo que los guardas en su embriaguez habían dejado huir á los muchachos y que él los había vuelto á prender, levantaron los soldados de nuevo fuerte oposición y dijeron que los cristianos los habían hechizado. «Mientras estábamos de pie en la puerta, para que estos pequeños zorros no se escapasen, se nos presentaron todos, murmuraron sus fórmulas de hechicería, maldijeron de los Lubalis, del rey y de sus fieles servidores y nos arrojaron no sé qué á los ojos, que se nos cerraron como oprimidos por un gran peso, y entonces nos daban con las manos tales golpes en la cabeza, que parecía nos los daban con una maza.»

«Cobardes, dijo Muanga, ¿por qué no los habéis matado?»

«Nosotros los golpeamos y les partimos el cráneo; pero ellos recogieron los huesos, los juntaron cuidadosamente y desaparecieron, sin ser vistos, por los aires; porque tienen amuletos, que les prestan la fuerza y el espíritu de los blancos.»

Al oír nombrar los amuletos, se acordó el rey de la promesa que semanas antes le había hecho el árabe Alí, y su deseo de poseerlos se despertó en él más que antes.

«¿Dónde están esos hechizos? ¡Sacadlos fuera! Cuida bien, Katikiro, que estos diablillos no me embrujen; en cuanto uno de ellos levante la mano, para tocarme la cabeza, lo matas.»

«¿Señor, y si me matan á mí?» repuso éste temblando.

«A ti no te hacen nada; á quien quieren matar es á mí. Ea, adelante, arráncales los amuletos, á ti no te dañarán; ¿no los has devuelto aquí, sin que te hicieran daño?»

El ministro se resistía, sin embargo, porque era no menos supersticioso y espantadizo que su señor.

«Señor, nada temas, dijo uno de los pajes, ninguno de nosotros te quiere mal; los Padres blancos nos han mandado que te obedezcamos.»

«Entonces arrojad de vosotros los hechizos. Yo, el rey, lo quiero así.»



«No tenemos ninguno.»

«Faltáis á la verdad. Habéis hechizado á los guardas y queréis hacer lo mismo conmigo.»

«Te han engañado; nosotros nos escapamos, cuando se durmieron por su embriaguez.»

«Pues, ¿por qué habéis huído, si no maquináis algún mal contra mí?»

«Porque tú nos quieres matar, pues tu corazón está abierto al engaño, y por eso hemos ido corriendo á nuestros Padres, para que nos purificasen con las aguas del bautismo.»

«Sois unos traidores.»

«No, señor, no; nosotros te queremos bien y rogamos á Dios por ti.»

«Mira tú, Katikiro, gritó entonces espantado Muanga, mira tú, todos hacen lo que Dionisio, piden á Dios que me abrase; pero aguardad un poco, vosotros seréis los abrasados, que no yo. ¡Adelántense los que no rezan con los hombres blancos!»

Sólo tres pajes, que hasta entonces no habían asistido al catecismo de los cristianos, obedecieron la orden. Era extraño que éstos hubiesen perseverado hasta ahora con sus compañeros y que ni siquiera se hubiesen aprovechado mejor de la escapada general. Probablemente en tan gran apuro no acertaban á comprender,

cuán terribles consecuencias podía tener para sus compañeros la visita á la Misión.

Cuando estos tres salieron de las filas, retrocedió espantado Muanga algunos pasos detrás de su ministro, pues temía que le hechizasen. Sólo cuando declararon los niños que ellos no habían asistido á la instrucción de los blancos, recobró la serenidad.

«¿Me prometéis abandonar á los maestros extranjeros y á Kalonda y volver de nuevo á los Lubalis (ídolos)?»

«Señor, no, fué la respuesta que salió de los labios de los treinta y cuatro pajes cristianos.

«Yo os recompensaré y os regalaré armas.»

«No las queremos, Kalonda nos recompensará mejor, si perseveramos fieles á él.»

«Bien, entonces os voy á hacer atormentar, despedazar y quemar vivos.»

«Haz de nosotros lo que quieras.»

«Me habéis de pagar vuestra pertinacia.»

«Bien, señor, manda que nos maten á todos.»

«¡Fuera con ellos! Katikiro, que antes del medio día no quede ni uno con vida.»

«Msimu estará contento, respondió éste, sonriendo sarcásticamente; él aceptará de nuevo las ofrendas del rey y no volverá á decir que un ave nocturna le ha sorbido el espíritu al soberano.»

(Concluirá).

## BIBLIOGRAFÍA

*Tradición y crítica en exégesis:* orientaciones de la apologética bíblica moderna, por el Dr. Isidro Gomá, Pbro., Canónigo de la Metropolitana de Tarragona, profesor de Sagrada Teología. Opúsculo de 84 páginas.—Gustavo Gili, editor, Barcelona.—Conocida es de cuantos siguen los movimientos que de vez en cuando, cual regeneradoras tempestades, agitan el orden religioso, la profunda actual crisis del pensamiento cristiano. La originan y fomentan las audacias de los modernistas, últimos hijos del Protestantismo y peores que aquél, pues ni la divinidad de Jesucristo respetan, y los de tantos filósofos anticristianos y pseudo-sabios armados de toda clase de ciencias y cuyo sectarismo, ejemplo Heckel, no retrocede ni ante la mentira consciente. Con claridad, con abundancia de textos, prueba elocuente de su erudición, expone el Dr. Gomá la citada crisis del pensamiento cristiano y sus causas. Estudia éstas y refuta los más graves errores de la moderna exégesis, señalando á la apologética bíblica orientaciones de conformidad con las exigencias del pensamiento contemporáneo. Recomendamos el opúsculo á cuantos sienten aprecio á los estudios bíblicos y á la apologética, convencidos de que su lectura ha de serles muy provechosa.

*Historia de la educación y la pedagogía,* por el P. Ramón Ruiz Amado, S. J.—Gustavo Gili, editor, Barcelona.—Reconocida es de todos la competencia del docto autor de la obra que nos ocupa en materia de educación y pedagogía, y su nombre es ya por sí solo garantía de mérito y excelente recomendación. Para historiar la pedagogía la divide en cuatro épocas, tradicionalista, humanista, neo-latina y racionalista; estudia en las dos primeras los principales pueblos educadores, y en ca-

da pueblo sus más insignes pedagogos. En la tercera época subdivide la pedagogía en patristica, monástica, escolástica y humanista, y dedica dos secciones especiales, una á cómo se formó la segunda enseñanza, y otra á cómo se organizó la primaria. En la cuarta y última época subdivide la pedagogía en realista, filantropista, humanitarista y política, estudiando en sección especial la reacción católica de la pedagogía y en apéndice brevísimo las Congregaciones docentes femeninas. Este es el libro escrito con gran erudición y en forma que resulta espléndida apología de la Iglesia católica, cuya obra educadora á través de las edades y los pueblos no puede negar ni dejar de admirar ninguno de sus en la actualidad numerosos enemigos. Lo recomendamos en especial á los profesores y á cuantos se preocupan de los trascendentales problemas de la educación y la pedagogía.

*Catálogo especial de objetos para el culto.* Hemos tenido el gusto de recibir el que acaban de publicar los grandes Almacenes de P. Jorba é Hijos, antigua y acreditada Casa de Manresa que recientemente ha inaugurado una importante sucursal en Barcelona, calle del Call, 13 y 15. Este catálogo es, en su género, el más importante publicado en España; lo ilustran centenares de grabados, y es completísimo en todas sus secciones, que comprenden libros litúrgicos, casullas, banderas, trajes talaros, rosarios, cruces, medallas, arañas, etc., etc. La Casa Jorba lo manda gratis á quien lo pida.

*Manual de Estudios Bíblicos,* obra escrita en alemán por el



Dr. Andrés Brüll, y traducida de la 15.<sup>a</sup> edición y arreglada para los países de lengua castellana por el Dr. D. Manuel Lago y González, Obispo de Osma.—Un volumen de 300 páginas, con muchos grabados y tres mapas.—B. Herder, editor, Friburgo de Brisgovia, Alemania.—Es mucha entre los seglares católicos la ignorancia de los Libros sagrados: para luchar contra ella escribió el Dr. Brüll la obra que nos ocupa, dedicada á las escuelas superiores y normales de Alemania, y cual correspondía la escribió en forma sencilla ó comprensible aun para los que no tienen preparación teológica. Merece, pues, entusiasta aplauso la obra del Dr. Brüll, y lo merece también la traducción y arreglo que para los países de lengua castellana acaba de hacer el docto Prelado de Osma. No es la obra que nos ocupa un tratado extenso de cuestiones bíblicas, sino, como dice el traductor en notable prólogo que ha puesto á su trabajo, «un epitome que en breves páginas contiene la substancia y la flor de los estudios bíblicos.» Inútil decir que preside á la obra la más pura ortodoxia y que con solícito esmero se ha sabido evitar el exagerado amor á teorías modernas que empujan hacia la herejía, sin rechazar los verdaderos adelantos de la sana crítica. La obra se lee con el mayor gusto por el orden y método con que expone y resume los sagrados Libros; enumera los más modernos descubrimientos, refuta algunas objeciones y copia breves fragmentos. No sólo, pues, para los seglares católicos, que ojalá lo leyera todos, pues sabrían lo que deben de los libros en que se contiene nuestra fe, sino también para los seminaristas creemos utilísima la presente obra, lujosamente editada, y con la mayor eficacia recomendamos su adquisición y lectura.

*Senda de amargura*, novela por Jesús Fernández González.—«Biblioteca Patria», tomo LXV, Madrid.—La «Biblioteca Patria» nació para combatir las insanas lecturas que han desmoralizado nuestro pueblo, para luchar contra las novelas que corrompen «la fe, la moral, las costumbres y la lengua patria», y gracias á tan levantados fines nació espléndidamente subvencionada por no pocos señores Patronos y aplaudida por la mejor parte de la prensa española. Luego las novelas de la «Biblioteca Patria» no basta que no sean malas: han de ser buenas: moral y literariamente buenas. Estas consideraciones nos ha sugerido la lectura de la novela del Sr. Fernández González, *Senda de amargura*. Doña Trinidad, D.<sup>a</sup> Amadora, tía y madre respectivamente de Alfonso, apurando su ingenio para apartar á éste de la senda del deber, son figuras repugnantes; que una madre, que el autor pinta como á señora de su casa, muy digna y religiosa, se empeña en convencer á su hijo de que abandone á la... con quien ha de casarse, para que contraiga matrimonio con la rica heredera que ella le ha buscado, y le diga «que luego ya atendería pecuniariamente á Luisa (la víctima) y que protegería por medios indirectos al hijo de ésta,» cosas son que en labios de una madre, que el autor no cuida de presentarnos como mala madre, producen en el ánimo del lector de la «Biblioteca Patria» que busca obra moralizadora, desagradable impresión. Y desagradable impresión producen también frases como las del rival de Alfonso: «Deshonrada y todo, la

querré yo, seguirá siendo para mí como una virgen;» «¿qué le importaba que Luisa hubiese perdido la virginidad del cuerpo, si su alma seguía pura é inmaculada?»

Se me dirá que la intención del autor es buena, como lo prueba el que hace desgraciado el casamiento concertado por interés y desgraciado á Alfonso, el seductor que abandonó á su víctima. A lo que replicaré que de intenciones no juzgo, y que á la «Biblioteca Patria» por lo que dije al principio, tenemos el derecho de exigirle algo más que buena intención: obras moralizadoras de verdad que puedan leer nuestros hijos, y también obras en que la lengua castellana luzca sus tesoros y filigranas.

*Amores que triunfan*, novela por Jesús R. Coloma.—Es de la misma «Biblioteca Patria» y tampoco podemos recomendarla sin reservas ni salvedades, como desearíamos, por lo escabroso del argumento, que nos parece hasta de mal gusto. El padre que, fiado en los excelentes fines de la «Biblioteca Patria», ponga esta novelita en manos de un hijo inocente... se ha lucido. No podemos elogiar que en novelas moralizadoras se cuenten las más grandes y más repugnantes inmoralidades.

Y á propósito de estos y de otros libros, séanos permitido lamentar, sin ánimo de ofender á nadie, la facilidad con que algunas revistas serias, de las que tiene el deber, por las personalidades que las redactan, de dirigir y encauzar la opinión, acogen en sus páginas los sueltos laudatorios hasta lo ridículo con que muchos editores acompañan las obras que regalan. Publicarlos evita el trabajo de leer el libro juzgado y da gusto al editor, pero en cambio tiene el gravísimo inconveniente de anunciar sin ningún reparo, y ensalzándolas hasta el quinto cielo, obras que ni merecen tanto elogio ni pueden recomendarse si no es con muchos reparos y distingos.

Completa el volumen que nos ocupa un delicioso cuento, *Novela de reyes*, hermoso, moral y literariamente.

**LAS MISIONES CATÓLICAS** dará cuenta en esta Sección de todas las obras cuyos autores ó editores le remitan un ejemplar.



## LIMOSNAS

PARA COADYUVAR Á LA SANTA OBRA DE LA  
PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

Barcelona.—J. S. .... 10 Ptas.

TOTAL recaudado durante el tercer trimestre y  
que va á ser enviado al Consejo Central  
de la Obra de la Propagación de la Fe: Ptas. 690

